

HOMERO

LA ODISEA



Biblioteca Billiken

BIBLIOTECA BIBLICA
DONACION
MUSEO MARACAYENSE
DE ROSETTE

LA ODISEA

69

BIBLIOTECA BILLIKEN

DONACION

ABEL MANACOR ~~COLECCION~~ ROJA

~~DE ROSETTI~~ (ANTOLOGÍAS Y RESÚMENES)

ESTE LIBRO. — Uno de los héroes que participaron en la guerra de Troya, Ulises, rey de Itaca, permanece, durante veinte años, vagando por tierras y mares desconocidos, donde es protagonista de sucesos fantásticos. Entretanto, el palacio donde dejó a su esposa y su hijo pequeño es invadido por los pretendientes al trono, que consumen la hacienda de Ulises en ruidosos festines. Pasados los veinte años el héroe regresa en secreto, y junto con su hijo y dos fieles servidores castiga a los pretendientes vengando su honor ultrajado.

Tal es el argumento de la Odisea, poema de Homero que, junto con La Ilíada, constituyen las dos joyas más preciadas de la antigua poesía épica de Grecia.

En esta versión abreviada se ha conservado la unidad del relato, lo mismo que la fisonomía general del estilo homérico.

Para quienes desean iniciarse en el conocimiento de la literatura clásica, es ésta una síntesis de inapreciable valor.

HOMERO

CARLOS R. ROSETTI MANACORDA

LA ODISEA

Versión compendiada

por

LAURO PALMA

CUARTA
EDICION

EDITORIAL
ATLANTIDA, S.A.
BUENOS AIRES

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Derechos reservados

Hecho el depósito que marca la ley

PRINTED IN ARGENTINA

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

*Se acabó de imprimir el día 15 de agosto de
1955 en los Talleres de la Editorial Atlántida,
Azopardo 579, Buenos Aires.*

Alrededor del año 1260 antes de Jesucristo, el príncipe Paris, hijo de Priamo, rey de Troya, se alojó durante uno de sus viajes en el palacio de Menelao, rey de Esparta. Traicionando la hospitalidad de Menelao, Paris robó a Elena, esposa del rey de Esparta, y la llevó consigo a Troya.

Menelao era fuerte y valiente. Ante el ultraje recibido pidió ayuda a los reyes sus vecinos para formar un gran ejército capaz de combatir con el troyano, famoso por su capacidad guerrera. Muchos de ellos acudieron al llamado de Menelao, entre otros: Aquiles, Ajax, Idomeneo, Ulises y Agamenón. Este último, rey de Micenas, era hermano de Menelao, y se le confió el mando en jefe de las fuerzas griegas aliadas.

Nueve años duró el sitio de Troya, ciudad que estaba cercada por un alto y ancho muro de piedra inexpugnable. Fracasados todos los intentos de los griegos para tomar la ciudad, distraían sus ocios en frecuentes incursiones a otros pueblos vecinos, en los que penetraban a saco, apoderándose de las riquezas y de los hombres y mujeres jóvenes, a los que sometían a la esclavitud. Durante una de las depredaciones el rey Agamenón se apoderó de Criseida, una joven hija del sacerdote a cuyo cargo estaba el templo de Apolo en la ciudad saqueada. Crises, el anciano sacerdote, se dirige entonces al campamento griego como suplicante, rogando a Agamenón que le devuelva a su hija, a cambio de la cual ofrece un cuantioso rescate. Reunido en el ágora, el ejército griego opina que debe

atenderse la súplica del sacerdote, pero Agamenón se niega. Aquiles, el más fuerte y valiente de los héroes griegos, hijo de la diosa Tetis y rey de los mirmidones, aconseja a Agamenón que acate la opinión del ejército y devuelva la joven al anciano sacerdote.

Agamenón, despechado por las palabras de Aquiles, insiste al principio en su negativa; pero termina por acceder, aunque amenazando a su contrincante con sacarle a viva fuerza, de su tienda, a una esclava, Briseida, a quien el rey de los mirmidones tiene en gran aprecio. Agamenón cumple su amenaza. Devuelve su hija al sacerdote a cambio del rescate ofrecido, y manda varios heraldos a la tienda de Aquiles para que se apoderen de Briseida. Aquiles no se opone a que se cumpla la voluntad del generalísimo, pero jura vengarse invocando para ello la ayuda de Tetis, su madre, que acude a su llamado desde el fondo del mar, donde tiene su morada. La diosa le aconseja entonces lo que debe hacer: permanecer en su tienda, absteniéndose de intervenir en la guerra que va a desencadenarse, aunque vea morir por millares a los paladines griegos. Ella irá a pedir a Júpiter, su padre, que origine en las filas de éstos grandes matanzas bajo las lanzas y las flechas de los enardecidos guerreros troyanos.

La promesa de Tetis se cumple. Júpiter enciende la guerra entre griegos y troyanos, y tan numeroso y aguerrido es el ejército de los últimos que los primeros sufren enormes pérdidas en el primer encuentro. Durante largos días se prolonga la guerra con suerte

varia. Pero Júpiter ha decretado la derrota final de los griegos.

Si Aquiles con sus tropas se presentara en el campo de batalla, su sola presencia bastaría para trocar en derrota la inminente victoria de los troyanos: tal es el terror que inspira a sus enemigos cuando se presenta en el campo blandiendo sus dos lanzas y profiriendo su terrible grito de guerra. Mas como si estuviera ciego ante la derrota de sus antiguos aliados, permanece en su tienda mirando impasible cómo van cayendo uno tras otro los más valientes y esforzados paladines griegos.

La derrota ha sido tremenda. Conseguida una tregua para enterrar a los muertos, los griegos alzan un muro para defender las naves. Agamenón piensa en el regreso a la patria y lo propone a sus aliados. La mayoría está de acuerdo y corre hacia los navios. Pero no es ésa la voluntad de los dioses. Minerva se aparece a Ulises, rey de Itaca, y le aconseja que exhorte y aliente a los guerreros para que vuelvan al combate. Ulises es elocuente; nadie sabe argumentar como él, cuya fama de ingenioso es grande en toda Grecia. Su elocuencia arrebatadora enardece de nuevo a los griegos y la guerra se reanuda. El muro defensivo no tarda en caer bajo el empuje de los troyanos, que pugnan por acercarse a las naves e incendiarlas. En ese instante, un amigo entrañable de Aquiles, el héroe Patroclo, le censura su actitud incitándole a que intervenga con los guerreros mirmidones en favor de los

griegos. Aquiles vuelve a negarse. Solamente permite, a ruego de Patroclo, que éste vista su propia armadura y se lance con los mirmidones al combate. Lo hace así Patroclo y consigue alejar a los troyanos de las naves. Patroclo es valiente y audaz. No se conforma con su victoria, sino que quiere alcanzar inmensa gloria matando a Héctor, el generalísimo de los troyanos, que es el más querido de los hijos de Priamo, y cuya fuerza y valor son semejantes a los de Aquiles. Llega junto al héroe troyano y lo desafía. Se traban en lucha, y Patroclo no tarda en caer bajo la lanza de Héctor.

La noticia de la muerte de su amigo entrañable llena de dolor al rey de los mirmidones. ¡Ahora sí! Ahora renunciará a su juramento para vengar la muerte de su amigo. Sus armas han quedado en poder de Héctor, pues las había llevado Patroclo al combate. Pero Tetis, su madre, que acude a su llamado nuevamente, le consigue otras magníficas, fabricadas por Vulcano, el dios forjador.

Dando terribles alaridos, Aquiles se lanza entonces al combate. Los troyanos, despavoridos ante la matanza enorme que el héroe provoca, huyen a refugiarse tras los muros de la ciudad. Solamente queda afuera Héctor. Aquiles lo ve y corre a su encuentro; luchan, y Héctor no tarda en morir bajo la lanza del enfurecido rey de los mirmidones. Aquiles despoja a su adversario de las armas y ata luego el cadáver a una rueda de su carro de guerra, llevándoselo así hasta su campamento.

Grande es la desesperación que se apodera de Priamo, el anciano rey de Troya, ante la noticia de la muerte de su hijo. Aconsejado por Minerva y guiado por Mercurio acude a la tienda de Aquiles, se abraza a sus rodillas y le ruega que le devuelva el cuerpo de Héctor para tributarle los honores que le corresponden. Tan terrible es la cólera de Aquiles que jamás habría accedido a la súplica del anciano. Pero Júpiter, deseoso de dar fin a la contienda, ordena a Tetis que aconseje a su hijo la magnanimidad. Aquiles, temeroso de la cólera del rey de los dioses, devuelve a Priamo el cadáver de su hijo, aceptando el rescate ofrecido.

Vuelto a Troya el anciano, llevando en un carro el cuerpo de Héctor, es colocado éste en una pira y quemado. Sus cenizas son guardadas luego en urna de oro y levantado un tûmulo en su honor. Con el relato de estos funerales termina el argumento de La Iliada.

No acaban aqui, sin embargo, las acciones guerreras ante el muro de Troya. Está decretada por Júpiter la caída de la ciudad en manos de los griegos y su designio se cumplirá. También es fuerza que en esa acción perezca Aquiles a manos de Paris, herido por una flecha en el talón, único punto vulnerable del cuerpo del héroe que, al nacer, había sido sumergido por su madre en la laguna Estigia para hacerlo inmortal.

La caída de Troya se debió a uno de los numerosos ardides en que era ducho Ulises, rey de los itacenses. Concertada una tregua con los troyanos, hizo construir

un enorme caballo de madera que fué obsequiado a los enemigos en prenda de amistad.

Los troyanos aceptan el regalo y abren en el muro de la ciudad un boquete, pues el caballo no cabe por las puertas. Y esa noche, del vientre del enorme animal de madera salen subrepticamente los más audaces y valientes paladines griegos, entre ellos el propio Ulises. Estos abren a sus compañeros las puertas de la ciudad, penetran en ella las legiones griegas y la inexpugnable Troya, víctima de la candorosa fe de sus jefes y de la fecunda inventiva de Ulises, no tarda en ser arrasada y sus habitantes reducidos a la esclavitud.

Terminada la guerra, los griegos se embarcan para sus respectivos países. No habrían de terminar allí sin embargo sus trabajos y penurias, pues ya sabemos que los dioses tenían formulados acerca de ellos oscuros y caprichosos designios. Ulises no escapó a tales decretos, sino que, por el contrario, fué precisamente el más castigado de todos por la ojeriza de los Inmortales. Sus penurias, el regreso al hogar y las numerosas aventuras que para ello debió correr, constituyen el argumento de La Odisea.

TELEMACO (1)

HÁBLAME, ¡oh Musal!, de aquel varón de gran ingenio que, luego de destruir la sacra ciudad de Troya, anduvo errante largo tiempo, vió las ciudades y conoció las costumbres de muchos hombres y padeció gran número de trabajos en su navegación por el mar, en cuanto procuraba salvar su vida y la vuelta de sus compañeros a la patria”.

Así comienza Homero el relato de las aventuras de Ulises, rey de Itaca, uno de los valientes guerreros que acompañaron a Agamenón, rey de Micenas, a la guerra de Troya.

Mas escuchemos lo que, hablando de él, decían las deidades, congregadas en el palacio de Júpiter Olímpico. El padre de los dioses y los hombres dijo así:

—¡Oh, dioses! ¡De qué modo culpan los mortales a los númenes! Dicen que todos los males les vienen de

(1) Al final de este libro figura un *Glosario de Mitología* que el lector podrá consultar cada vez que se le presente alguna duda.

nosotros, y son ellos quienes se atraen, con sus locuras, infortunios no decretados por el destino.

Y respondióle Minerva, la diosa de ojos verdes:

—Padre nuestro, Cronida; es verdad lo que has dicho, pero se me quiebra el corazón por el prudente y desgraciado Ulises, que desde hace mucho tiempo padece penas lejos de los suyos, en una isla azotada por las olas, donde tiene su morada una diosa, la hija del terrible Atlante. Ella lo retiene con tiernas y seductoras palabras para que olvide a Itaca y consienta en ser su esposo. Y a ti, padre, ¿no se te conmueve el corazón? ¿No te ofrecía sacrificios Ulises junto a las naves de los aqueos?

—Hija — respondióle Júpiter, — ¿cómo quieres que olvide al inteligente Ulises que siempre se distinguió entre los mortales? Lo que ocurre es que Neptuno le guarda vivo y constante rencor porque cegó al cíclope Polifemo, y, aunque no se ha propuesto matar a Ulises, le obliga a ir errante lejos del hogar. Mas ea, tratemos de su vuelta y del modo como haya de regresar a su patria.

—Padre — repuso Minerva, — si les place a los dioses que el prudente Ulises vuelva a Itaca, mandemos a Mercurio a la Isla Ogigia para que manifieste a la ninfa Calipso la resolución que hemos tomado y deje que el héroe se ponga en camino. Yo, en tanto, yéndome a Itaca instigaré a su hijo y le infundiré valor para que llame al ágora a los aqueos y prohíba la entrada en su palacio a los Pretendientes que asedian

a su madre creyéndola viuda, y que matan diariamente muchos bueyes y ovejas para sus banquetes, consumiendo así las riquezas del príncipe. Yo lo llevaré a Esparta y a Pilos, para que, preguntando por su padre, consiga ganar honrosa fama entre los hombres.

Dicho esto calzóse los divinos talares que la llevaban sobre la mar y la tierra como el viento, embrazó la fornida lanza con que destruye filas enteras de guerreros, descendió del Olimpo dirigiéndose a Itaca, y, tomando la figura de un extranjero, se detuvo en el vestibulo de la morada de Ulises. Allí encontró a los soberbios Pretendientes, que para entretenerse jugaban a los dados, mientras varios heraldos les servían vino en las cráteras y trinchaban carne en abundancia.

El primero en advertir la presencia de la diosa fué Telémaco, el hijo de Ulises, que se hallaba en medio de los Pretendientes y, pensando en su valiente padre, tenía el corazón apesadumbrado. Asió a Minerva de la mano, le tomó la fuerte lanza, y le habló de este modo:

—¡Salve huésped! Entre nosotros tendrás amistoso recibimiento. Come ahora, y luego nos dirás si necesitas algo.

Dicho esto se encaminó hacia el interior del palacio seguido por la diosa, para que no la molestara el tumulto que hacían los soberbios Pretendientes. Sentáronse ambos a la mesa, y cuando hubieron comido, Telémaco dijo así:

—Caro huésped, esos que acabas de ver están devorando impunemente la hacienda de otro; la de un varón cuyos blancos huesos yacen en tierra desconocida o los revuelven las olas en el fondo del mar. Si le vieran volver a Itaca preferirían tener los pies ligeros para huir. Mas Ulises murió ya, víctima de su aciago destino, y ninguna esperanza nos resta aunque algunos afirmen que ha de volver. Pero dime, ¿quién eres tú y de dónde procedes?

Y respondióle Minerva:

—Soy Mentos, hijo del belicoso Anquialo, y reino sobre los tafios, amantes de manejar los remos. He llegado en mi galera, con mi gente, y anclé la embarcación cerca del campo antes de llegar a la ciudad. Vine, porque me aseguraron que tu padre, de quien soy amigo, estaba de vuelta en la ciudad. Mas sin duda lo impiden las deidades, poniendo obstáculos a su retorno. Porque has de saber que el divino Ulises no ha desaparecido de la tierra, sino que vive y está detenido en una isla donde cayó en poder de los hombres crueles y salvajes que lo retienen a su despecho. Pero ten por cierto que volverá, pues tu padre es ingenioso en grado sumo. Y ahora dime: ¿qué banquete es ese que se está celebrando? Paréceme que los que así se regalan con tal arrogancia insultan a alguien, pues cualquier hombre sensato se indignaría contemplando sus muchas torpezas.

—Huésped — respondióle Telémaco; — esta casa fué opulenta y respetada mientras Ulises permaneció en la

ciudad. Pero desde que él ha desaparecido, todos los jefes principales de Itaca pretenden a mi madre para reinar en el país y hacerse dueños de las muchas riquezas de mi padre. Y mientras mi madre los engaña con ardides, siempre a la espera del regreso de Ulises, ellos se han instalado en el palacio, comen y agotan mi hacienda, y pronto acabarán conmigo mismo.

Llena de indignación, le contestó Minerva:

—¡Oh Dioses! ¡Cuánta falta te hace el prudente Ulises para que ponga las manos en los desvergonzados Pretendientes! Si tornara y apareciera ante el portal de esta casa, con su yelmo, su escudo y sus lanzas y se encontrara con los Pretendientes, corta fuera la vida de éstos y bien amargas sus nupcias. Oye ahora mi consejo por si te decides a seguirlo: apresta la mejor embarcación que hallares, con veinte remeros, traslá-

date a Pilos y Esparta, donde reinan Néstor y Menelao, a pedir noticias de tu padre. Si te enterares de que vive, espéralo durante un año, si supieres que ha muerto, dile a tu madre que elija esposo.

Así diciendo, desapareció la diosa de ojos verdes volando como un pájaro. Telémaco se quedó atónito porque ya sospechó que había hablado con una deidad.



Minerva

II

LA EXPEDICION

No bien se descubrió la hija de la mañana, Eos, de sonrosados dedos, el hijo de Ulises se levantó de la cama, se vistió, colgó del hombro la aguda espada y salió del cuarto. Luego ordenó que los heraldos convocaran al ágora a los aqueos. Cuando todos se hubieron reunido, Telémaco acudió también con la broncea lanza en la mano y seguido de dos enormes perros, y tomó asiento en la silla de su padre. Uno de los ancianos, Egiptio, fué el primero en tomar la palabra diciendo así:

—Oíd, itacenses, lo que os voy a decir. Ni una sola vez fué convocada nuestra ágora, ni en ella tuvimos sesión, desde que el divino Ulises partió en las cóncavas naves. ¿Quién es el que ahora nos reúne? ¿Es joven o anciano aquel a quien apremia una necesidad tan grande? ¿Recibió alguna noticia de que el ejército vuelve y quiere comunicárnosla?

Entonces púsose en pie Telémaco, y empuñando el cetro de su padre habló de esta manera:

—¡Oh, anciano! No está lejos ese hombre y ahora sabrás que quien ha reunido al pueblo fuí yo, que me hallo sumamente afligido. Ninguna noticia tengo de la vuelta del ejército, ni tampoco quiero exponer cosa alguna que interese al pueblo, sino la doble cuita que se entró por mi casa. La una es que perdí a mi excelente padre, que reinaba sobre vosotros con la mayor suavidad; la otra, es que mi casa pronto se verá destruída y terminada mi hacienda. Los pretendientes de mi madre, hijos de los varones más señalados de este país, la asedian a pesar suyo, y viniendo todos los días a nuestra morada nos degüellan los bueyes, las ovejas y las cabras, celebran banquetes, beben vino locamente y devoran mis riquezas, porque no tenemos un hombre como Ulises, que sea capaz de librar a nuestra casa de tal ruina. No me siento yo en disposición de realizarlo, pues quizá me falten los bríos necesarios, a pesar de que se han cometido acciones intolerables y mi casa se pierde sin remedio. Participad vosotros de mi indignación, itacenses; temed que os persiga la cólera de los dioses irritados.

Así dijo, y brotándole las lágrimas arrojó el cetro en tierra. Callaron los aqueos llenos de piedad, y uno solo, Antínoo, le respondió diciendo:

—¡Telémaco! ¿Qué has dicho para ultrajarnos? No tienen la culpa los aqueos que pretenden a tu madre, sino ella que sabe proceder con gran astucia. Tres años

van con éste, y pronto llegará el cuarto, que juega con el corazón de los aqueos. A todos da esperanzas y a ninguno cumple. Y aun supo discurrir otro engaño: se puso a tejer en el palacio una gran tela sutil y al instante nos habló de esta suerte: "¡Jóvenes Pretendientes míos! Ya que ha muerto el divino Ulises, aguardad, para que vuelva a casarme, a que acabe este lienzo, a fin de que tenga sudario el héroe Laertes, su padre, cuando la muerte le sorprenda". Así dijo, y nuestro ánimo generoso se dejó persuadir. Desde aquel instante pasaba el día tejiendo la tela, y por la noche la destejía. De esta suerte estuvo entreteniéndonos durante tres años, hasta que una de sus esclavas nos reveló lo que ocurría y sorprendimos a Penélope deshaciendo la tela. Oye, pues, lo que te responden los Pretendientes: haz que tu madre vuelva a su casa y tome por esposo a quien su padre le aconseje y a ella le plazca. Pues si resolviera atormentar mucho tiempo a los aqueos con su astucia permaneceremos en la casa, y a ti sólo te quedará el recuerdo de los bienes que hayas poseído.

Y le contestó Telémaco:

—¡Antínoo! No es razón que eche de mi casa contra su voluntad a la que me dió el ser, pues caería sobre mí la indignación de los hombres. Si os indigna lo que ocurre, salid del palacio, disponed otros festines y comed vuestros bienes. Pero si os parece más acertado destruir impunemente los de un solo hombre, seguid consumiéndolos, que yo invocaré a los sempiternos dio-

ses por si algún día me concede Júpiter que vuestras malas obras sean castigadas, y quizá perezcaís en este palacio sin que nadie os venga.

Entonces habló Mentor, amigo del preclaro Ulises, diciendo:

—Ningún rey que empuñe cetro sea benigno, ni blando, ni suave; antes bien, obre siempre con crueldad, ya que nadie se acuerda del divino Ulises entre los ciudadanos sobre los cuales reinaba con la suavidad de un padre. Yo no aborrezco tanto a los orgullosos Pretendientes por la violencia con que proceden, como me indigno contra la población, al ver que permanecéis sentados y en silencio, sin intentar, con ser muchos, refrenar a los Pretendientes, que son pocos.

—¡Mentor perverso e insensato! — replicó Leócrito. — ¿Qué has dicho? Dificultoso les sería, aunque fuesen más, luchar con nosotros para privarnos de los banquetes. Pues si el mismo Ulises de Itaca, viniendo en persona, encontrase a los ilustres Pretendientes comiendo en el palacio y resolviese echarlos, allí recibiría indigna muerte si osara combatir con tantos varones.

Y así diciendo, disolvió el ágora. Lleno de tristeza Telémaco se alejó por la playa, y oró a Minerva diciendo:

—Oyeme, oh numen que ayer viniste a mi casa y me ordenaste que fuera en una nave en busca de noticias de mi padre. A todo se oponen los aqueos y los en mala hora ensoberbecidos Pretendientes,

Acercósele Minerva, que había tomado el aspecto y la voz de Mentor, y le dijo estas palabras:

—¡Telémaco! No seas en lo sucesivo ni cobarde ni imprudente si has heredado el buen ánimo de tu padre. No te preocupes, pues, de lo que hayan resuelto los insensatos Pretendientes, sin comprender que a todos se les acerca la muerte. Vuelve a tu casa y ordena que se dispongan provisiones en vasijas: vino en ánforas y harina en fuertes pellejos. Entretanto, yo juntaré, recorriendo la población, a los que voluntariamente quieran acompañarnos. Muchas naves hay en Itaca. Elegiré para ti la mejor y luego que esté equipada la botaremos al anchuroso mar.

Cuando Telémaco regresó a su casa, los Pretendientes, que preparaban un nuevo banquete, se mofaron de él, y uno de ellos, burlándose, dijo estas irónicas palabras:

—Sin duda piensa Telémaco cómo nos dará la muerte. Quizá se proponga ir a la fértil tierra de Efira en busca de drogas mortíferas para echarlas luego en la crátera y terminar con nosotros.

Telémaco nada respondió. Se dirigió a la cámara de su padre y ordenó a la dispensera que llenara doce odres de vino y echara en pellejos bien cosidos veinte medidas de harina. Entretanto Minerva, que había tomado la figura de Telémaco, consiguió prestada una velera nave y recorrió la ciudad hablando con algunos varones a quienes pidió que al anochecer se reunieran junto al barco. Luego corrió al palacio en busca de

Telémaco. Cuando ambos llegaron a la orilla del mar encontraron a los compañeros. Sacaron las provisiones del palacio, donde todos dormían, y las subieron a bordo. En seguida se embarcó Telémaco, precedido por Minerva, que tomó asiento a su lado en la popa, mientras los compañeros soltaban las amarras y se acomodaban en los bancos, comenzando a remar. Mas como Minerva les envió próspero viento, izaron el mástil de abeto y soltaron la blanca vela. Cuando el viento la hinchó y la nave inició velozmente su rumbo, levantaron cráteras rebosantes de vino y ofrecieron libaciones a los dioses, especialmente a la hija de Júpiter, la deidad de los ojos verdes, no sin haberles ofrecido antes una hecatombe para que la diosa les fuera propicia.

Y la nave siguió su rumbo toda la noche y la siguiente aurora.





Diana precediendo a la Aurora

III

EN BUSCA DE NOTICIAS

YA el sol subía por el bronceo cielo cuando Telémaco y los suyos llegaron a Pilos. Acompañado de Minerva, el hijo de Ulises se encaminó al palacio de Néstor, que reinaba en la ciudad. Lo hallaron rodeado de sus hijos y los principales caballeros. Invitados a comer así lo hicieron, y cuando hubieron satisfecho su apetito, Néstor les dirigió la palabra diciendo:

—¡Forasteros! ¿Quiénes sois? ¿Venís por algún negocio o es que andáis a la aventura?

Alentado por Minerva, respondió Telémaco:

—¡Oh, Néstor Neleida! Preguntas de dónde somos y yo te lo diré. Venimos de Itaca y andamos en pos de la fama de mi padre, por si oyere hablar del prudente Ulises, que un tiempo destruyó la ciudad de Troya

combatiendo a tu lado. De todos cuantos lucharon contra los troyanos conocemos el lugar donde murieron, pero Júpiter ha querido que la suerte de Ulises sea ignorada. Por eso he venido a abrazar tus rodillas por si quisieras contarme cuál fué su triste muerte, ora la hayas visto o te la hubiere relatado algún peregrino.

—¡Oh, amigo! — respondióle Néstor. — Me traes a la memoria las calamidades que en aquel pueblo sufrimos los aqueos, unas veces vagando por el mar hacia donde nos llevó Aquiles en busca de botín, y otras combatiendo alrededor de la gran ciudad de Príamo. Allí recibieron la muerte los mejores guerreros; allí yace el valeroso Ajax, allí Aquiles y Patroclo y mi amado hijo Antíloco, fuerte y eximio. Nueve años padecimos junto a la bien murada ciudad. No hubo nadie que en prudencia igualara al divino Ulises, tu padre, que entre todos descollaba por sus ingeniosos ardides. Juntos estuvimos siempre en la guerra y el consejo. Mas después de haber destruído la ciudad de Príamo nos embarcamos en las naves, y una deidad dispersó a los aqueos.

Relató el anciano los trabajos que los distintos reyes y sus hombres pasaron en el mar siguiendo cada uno una ruta diferente, por cuya causa ignoraba el destino de Ulises, y terminó con este consejo:

—Y tú, amigo, no andes mucho tiempo fuera de tu hogar, habiendo dejado en él riquezas y unos hombres tan malvados, no sea que te despojen de tus bienes y

el viaje te resulte inútil. Yo te exhorto a que vayas en busca de Menelao, que ha regresado hace poco de tierras remotas, navegando por piélago tan extenso que ni las mismas aves llegarían de él en todo un año, pues es dilatadísimo y horrendo. Ve, pues, a preguntarle por tu padre, y si deseas ir por tierra aquí tienes un carro, corceles, y a mis hijos que te acompañarán hasta Lacedemonia, donde mora el rubio Menelao.

Aconsejado por Minerva, Telémaco aceptó el ofrecimiento de Néstor. Y apenas se descubrió la hija de la mañana, Eos, la de rosados dedos, aparejaron los bridones, subió al carro Telémaco acompañado por Pisístrato, hijo de Néstor, que subió también empuñando las riendas, y azotó a los corceles, que se lanzaron en veloz carrera. Y así arribaron a una fértil llanura, que era el término de su viaje.

Apenas llegaron a la vasta Lacedemonia encaminaron sus pasos a la morada del glorioso Menelao, a quien hallaron con muchos amigos, de fiesta por la boda de su ilustre hija con el hijo de Aquiles.

Recibidos con hospitalidad digna de un príncipe, fueron invitados a sentarse a la mesa. Menelao, saludándoles con la mano, les habló de esta suerte:

Tomad los manjares y regocijaos; y después que hayáis comido os preguntaremos quiénes sois, pues claramente se advierte que el linaje de vuestros padres no se ha perdido en la oscuridad, y debéis ser hijos de reyes, alumnos de Júpiter, que empuñan el cetro, ya que de gentes viles no nacerían semejantes varones.

Comieron ambos jóvenes, y mientras lo hacían alabó Telémaco la magnificencia del palacio, comparándolo con la morada de Júpiter. Oyendo lo que decía, Menelao les habló así:

—¡Hijos amados! Ningún mortal puede competir con Júpiter, cuyas moradas y riquezas son eternas; mas entre los hombres habrá quien me aventaje, y quien no me iguale en las riquezas que traje en mis bajeles, después de nueve años de sufrimientos. Mientras yo andaba perdido por aquellas tierras y reunía muchas riquezas, otro hombre mató traidoramente a mi hermano Agamenón, auxiliado por la astucia de una pérfida esposa. Por eso vivo ahora sin alegría entre todas mis riquezas. Ojalá morara en este palacio con solamente la tercera parte de lo que poseo y se hubieran salvado los que perecieron en Troya por mi causa. Por todos lloro y me entristezco. Pero por nadie vierto tantas lágrimas como por uno, pues ningún aqueo padeció lo que Ulises hubo de sufrir y penar. Seguramente lo lloran el viejo Laertes, la discreta Penélope y Telémaco, a quien dejó en su casa recién nacido.

Así dijo, y Telémaco sintió deseos de llorar por su padre. Y como cayera de sus ojos una lágrima, levantó con ambas manos el purpúreo manto y se cubrió la cara. Helena, que acababa de sentarse junto a Menelao, susurró al oído de éste:

—¿Me engañaré o será verdad lo que voy a decir? Jamás vi persona alguna tan parecida a otra, como se

asemeja este joven a Telémaco, el hijo del magnánimo Ulises.

—Ya se me había ocurrido, mujer, lo que supones — dijo Menelao: — sus manos, la mirada de sus ojos, la cabeza y los cabellos son los de Ulises. Y ahora mismo, cuando acordándome de Ulises relataba los trabajos que sufrió por mi causa, este mozo comenzó a verter amargas lágrimas y se cubrió la cara con el manto.

Entonces Pisístrato, el hijo de Néstor, habló así:

—Menelao: es verdad que este joven es hijo de quien dices. Con él me ha enviado Néstor, para que te pida noticias de su padre.

—¡Oh, dioses! — repuso Menelao. — Ha llegado a mi casa el hijo del caro varón que por mí sostuvo tantas y tan trabajosas luchas, y a quien me había propuesto amar, si regresaba, más que a ninguno de los aqueos. Yo le habría dado una ciudad en Argos para que la habitase y trajera de Itaca sus riquezas para reinar en ella. Y nos hubiéramos tratado frecuentemente, siempre amigos y dichosos hasta que se extendiera sobre nosotros la negra nube de la muerte. Mas de esto debió tener envidia el dios que ha privado a aquel infeliz, a él tan sólo, de tornar a la patria.

Relató luego los mil trabajos sufridos por él y sus hombres a su regreso de Troya, y cómo consiguió de Proteo, el anciano servidor de Neptuno que habita en el fondo de los mares, que le diera noticias de todos los compañeros extraviados. Enterado por él de la muerte de Ajax y Agamenón, le preguntó qué había

sido de un tercer varón, de quien el anciano había prometido hablarle.

—Ese varón es el hijo de Laertes, que en Itaca tiene su morada — respondió el anciano. — Le vi en una isla, vertiendo de sus ojos abundantes lágrimas. Está en el palacio de la ninfa Calipso, que le detiene por fuerza, y no le es posible regresar a su patria porque carece de naves y de compañeros que le ayuden a conducirlas.

—Y ahora, hijo mío — prosiguió diciendo Menelao a Telémaco, — sigue en mi palacio hasta el oncenno o el doceno día, y entonces te despediré dignamente.

—¡Atrida! — respondió Telémaco, — no me detengas mucho tiempo. Yo pasaría un año a tu vera sin sentir añoranza por mi casa. Pero el palacio está lleno de hombres perversos que, pretendiendo a mi madre, se portan con insolencia; degüellan mis ovejas y mis bueyes, y mi casa se arruina y mi hacienda perece.



Muerte de Agamenón

—¡Oh, dioses! — repuso indignado Menelao. — ¡La casa de tan valeroso héroe han querido profanar esos cobardes! Bien, hijo mío; marcha cuando quieras. Te haré el presente de una crátera labrada, toda de plata con bordes de oro, obra de Vulcano, que me dió el héroe Fédimo, rey de los sidonios, cuando a mi regreso me detuve en su morada.

IV

Y ALLA EN ITACA...

MIENTRAS así conversaban Menelao y Telémaco en Lacedemonia, solazábanse los Pretendientes en el palacio de Ulises, y entre ellos Antínoo y Eurímaco, que eran los más distinguidos y privaban entre todos por su bravura. Noemón, el aqueo que había prestado a Telémaco su nave, se acercó a los Pretendientes y dirigiéndose a Antínoo habló así:

—Antínoo, ¿sabemos por ventura cuándo regresará Telémaco de la arenosa Pilos? Se fué en mi nave, y ahora la necesito para hacer un viaje a Elide.

Quedáronse atónitos los Pretendientes, pues no se figuraban que Telémaco hubiese tomado la ruta de Pilos y suponían que andaba vagando por el campo.

—Háblame con sinceridad —replicó Antínoo—; ¿cuándo se fué y qué jóvenes distinguidos de Itaca partieron con él? ¿O son quizá esclavos suyos o asalariados?

Dime también si te quitó la nave por la fuerza o se la diste voluntariamente.

Y Noemón respondió:

—Se la di yo mismo y voluntariamente. Los mozos que le siguen son de los que más sobresalen en el pueblo, y como capitán vi embarcarse a Mentor o a un dios que en todo le era semejante, pues después de la partida he visto a Mentor en la ciudad.

Partió Noemón y los Pretendientes quedaron indignados, dejando de jugar. Antínoo, que estaba afligido y lleno de cólera, habló así:

—¡Oh, dioses! Gran proeza ha realizado Telémaco con este viaje. Contra la voluntad de muchos se fué el adolescente, y de aquí en adelante comenzará a ser un peligro para nosotros. ¡Ojalá Júpiter le quite la vida antes de que llegue a la flor de la juventud! Mas ea, proporcionadme un ligero bajel y veinte compañeros, y le armaré una emboscada cuando vuelva, acechando su regreso en el estrecho que separa Itaca de Samo, a fin de que le resulte funestísima la navegación que emprendió para buscar noticias de su padre.

Así dijo, y todos lo aprobaron, exhortándole a ponerlo por obra.

No tardó Penélope en saber los propósitos de los Pretendientes, aunque los tramaban en secreto, porque se los reveló el heraldo Medonte que les oyó desde el patio mientras ellos urdían su trama. Al verlo llegar, Penélope le habló de esta suerte:

—¡Heraldo! ¿Con qué objeto te envían los ilustres

Pretendientes? ¿Acaso para que las esclavas del divino Ulises suspendan sus tareas y les preparen el festín? ¿Es que no sabéis vosotros de qué manera trataba Ulises a los hombres del pueblo, que a nadie hizo agravio, como acostumbran hacer los otros reyes que aborrecen a unos hombres y aman a otros? Y, sin embargo, son bien patentes ahora vuestras abominables acciones.

—No es ése, ¡oh, reinal, el mal mayor —repuso Medonte—, sino otro que ojalá no quiera el Cronida que se lleve a término. Intentan matar a Telémaco con el duro bronce, al punto que llegue a este palacio, pues ha ido a Pilos y Lacedemonia en busca de noticias de su padre.

Penélope, que hasta ese instante ignoraba el viaje de su hijo, sintió doblarse sus rodillas y desfallecer su corazón; llenáronse de lágrimas sus ojos y su voz enmudeció. Por fin, dirigiéndose a Minerva, le suplicó de este modo:

—¡Oyeme, hija de Júpiter que llevas la égida, indómita deidad! Si alguna vez el ingenioso Ulises te dedicó sacrificios, recuérdalo y protege a mi amado hijo, y aparta a los perversos y ensoberbecidos Pretendientes.

Al terminar su plegaria dió un grito y la diosa oyó su ruego.

Mientras tanto, Antínoo había escogido veinte de los hombres más esforzados y se fué con ellos a la orilla del mar, donde estaba la velera nave. La botaron al agua, arbolaron el mástil y el velamen, y aparejando los remos con correas de cuero dieron al aire las velas.

Poco después navegaban por la líquida llanura maquinando una muerte cruel para Telémaco. Hay en el mar, entre Itaca y Samos, una isla pedregosa, Asteris, dotada de buenos puertos. En uno de ellos se detuvo el navío, y Antínoo y sus hombres se pusieron en acecho.

V

ULISES

Eos se levantaba del lecho para llevar la luz a los dioses y los hombres, cuando los primeros se reunieron en junta, presididos por Júpiter. Minerva, trayendo a la memoria los muchos infortunios de Ulises, los refirió a las deidades, terminando con estas palabras:

—¡Padre Júpiter, felices y sempiternos dioses! Ningún rey que empuñe cetro sea benigno, ni blando ni suave, ni emplee el entendimiento en cosas justas; antes por el contrario, obre con crueldad y lleve a cabo acciones nefandas, ya que nadie se acuerda del divino Ulises, entre los ciudadanos sobre los cuales reinaba como un padre. Hallóse en una isla atormentado por crueles pesares: en el palacio de la ninfa Calipso, que le retiene por fuerza, mientras los pretendientes de su esposa quieren matarle al hijo amado, que salió de viaje en busca de noticias de su padre.

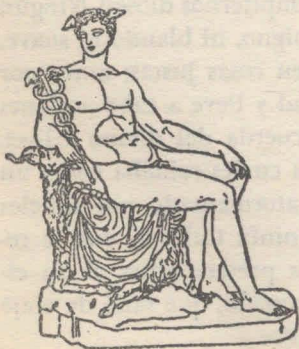
—Hija mía — respondióle Júpiter; — ¿no tienes tra-

mado tú que al regresar Ulises a su tierra se vengará de aquéllos? Pues acompaña con discreción a Telémaco, a fin de que vuelva a su patria sano y salvo. — Así dijo, y luego, dirigiéndose a Mercurio, su hijo amado, le habló de esta suerte: — ¡Mercurio! Ve tú a decir a la ninfa Calipso nuestra firme resolución.

Así dijo el rey de los dioses, y Mercurio, su hijo, no fué desobediente. Ató a sus pies los áureos talares que le llevaban sobre el mar y la tierra con la rapidez del viento y emprendió el vuelo hacia la isla de la ninfa Calipso. Halló a la diosa en su gruta, y ella, al verle llegar, le invitó a sentarse en magnífico sitial, preguntándole:

—¿Por qué, oh Mercurio, el de la vara de oro, vienes a mi morada?

—Me preguntas, oh diosa, por qué he venido, y te hablaré con sinceridad. Júpiter me manda. Dice que está contigo un varón que es el más desdichado de cuantos combatieron en la ciudad de Príamo y tomaron a sus casas. Mas a la vuelta ofendieron a Minerva, que avivó contra ellos la cólera de los vientos y el alborotado mar. En las olas hallaron la muerte sus esforzados compañeros; y a él trajéronlo



Mercurio

a tu isla los vientos y el oleaje. Júpiter te ordena que permitas a tal varón que se vaya cuanto antes, porque su destino no es morir lejos de los suyos, sino verlos, regresando a su tierra.

Lloró desconsolada la ninfa, acusando de envidiosos a los inmortales, y terminó diciendo:

—Ya que no es posible a ningún dios desobedecer la voluntad de Júpiter que lleva la égida, que se vaya Ulises por el mar si así lo quiere. Con todo, no me es posible ayudarlo, pues no poseo bajeles que le conduzcan ni hombres que le acompañen.

Refirióle Mercurio la forma como Júpiter ordenaba que Ulises regresara a su patria, y se alejó luego volando. Calipso acudió entonces a la orilla del mar, en una de cuyas rocas se hallaba Ulises sentado, contemplando las olas, mientras rodaban por su mejillas abundantes lágrimas.

—¡Laertiada de linaje divino, Ulises fecundo en ardi-des! — le dijo. — ¿De modo que deseas regresar a tu tierra? Sea como tú quieres. Mas si tu inteligencia conociera los males que habrás de padecer fatalmente antes de llegar a ella, te quedarías conmigo y fueras inmortal, aunque estés deseoso de ver a tu esposa. Sabe que me vanaglorio de no serle inferior, pues las mortales no pueden competir con las diosas en hermosura.

—No te enojés conmigo, veneranda deidad — repuso Ulises; — conozco muy bien que la prudente Penélope no puede competir contigo en hermosura, puesto que tú eres inmortal y por lo tanto exenta de la vejez. Con

todo, deseo regresar a mi reino. Y si alguno de los dioses quisiera aniquilarme en el mar, lo sufriré con ánimo paciente. Venga este mal tras de los que ya he padecido.

Entonces la ninfa le dió un hacha bronceína, de doble filo, y le condujo a un extremo de la isla, donde crecían gigantescos árboles. Puso Ulises manos a la obra y no tardó en dejarla terminada. Cortó veinte troncos y los encuadró, alineándolos a cordel y sujetándolos con clavos y clavijas. Hizo luego con bien unidas tablas la cubierta y rodeó la balsa de ramas, para protegerla de los golpes de las olas. Al cuarto día estuvo todo terminado, y al quinto, luego de cargar en la balsa numerosas provisiones, Ulises se despidió de la ninfa y se hizo a la mar. Dieciocho días duró su viaje, y ya avistaba la costa del país de los feacios, cuando Neptuno, que regresaba de Etiopía, divisó la balsa de Ulises, y montando en cólera pensó: "Ah, sin duda cambiaron los dioses de parecer respecto a Ulises mientras yo me hallaba entre los etíopes. Ya está cerca del país de los feacios, donde el destino quiere que terminen sus desgracias, pero imagino que aún le queda algo que sufrir."

Y echando mano al tridente congregó las nubes y turbó el mar, desatando los vientos y originando una terrible borrasca. Una ola inmensa cayó sobre Ulises haciendo zozobrar la balsa, y el héroe fué arrojado lejos, entre las olas. Otra, no menos grande, le impelió hacia la ribera llena de peñascos, y allí hubiera perecido estrellado el náufrago si no hubiese atinado a asirse de una roca con sus manos. Pero al volver la ola le arrastró

de nuevo consigo desgarrándole la piel y hundiéndole en el mar. Emergió por fin despidiendo por la boca el agua amarga, y nadó avizorando el litoral por ver si divisaba alguna playa. Así llegó a la desembocadura de un río de hermosa corriente, por cuyas aguas prosiguió nadando hasta alcanzar la ribera. Andando por ella arribó a un bosquecillo de acebuches y olivos, a cuyo pie se veía gran cantidad de hojas secas. Al instante dispuso con sus manos una cama y cubriéndose con la hojarasca cerró los párpados. Minerva derramó sobre sus ojos dulce sueño para que descansara de sus abrumadoras penas.

A la mañana siguiente, una bellísima joven, Nausícaa, hija de Alcínoo, rey de los feacios, se dirigió en un carro con sus esclavas a la orilla del río, llevando ropas para que éstas lavaran. Terminada su faena, la princesa y las esclavas comenzaron a jugar con una pelota que se arrojaban las unas a las otras. Así se fueron aproximando hasta el lugar donde Ulises dormía, y a sus voces y risas el héroe despertó. Cubrió su cuerpo con ramas de arbustos y se dirigió al lugar de donde las voces venían. Al verle, las esclavas echaron a correr. Solamente Nausícaa permaneció en su puesto. Cayendo a sus plantas, Ulises le habló así:

—¡Oh reina, ya seas diosa, ya mortal, yo te imploro! Ayer pude salir del agitado mar después de veinte días de permanecer en él, donde me vi a merced de los terribles torbellinos, y algún numen me ha echado acá para que padezca nuevas desgracias. Pero tú, oh reina, apiá-

date de mí; muéstrame la población y dame algún trapo para que me cubra, si es que alguno trajiste para envolver tus ropas.

—¡Forastero! —respondió Nausícaa—. Ya que no me pareces ni vil ni insensato, sabe que el mismo Júpiter distribuye la felicidad, así a los buenos como a los malos, y si te dió esas penas fuerza es que las sufras pacientemente. Mas ahora que has llegado a nuestra ciudad, no carecerás de vestido ni de todo aquello que debe obtener un mísero suplicante. Te mostraré la ciudad y diré el nombre de nuestro pueblo: los feacios poseen la comarca, y yo soy la hija del magnánimo Alcínoo, de quien es el imperio y el poder en este pueblo.

Ordenó luego a sus esclavas que le dieran un manto y una túnica. Bañóse el héroe en el río, se ungió con aceite y vistió las ropas que le cedió la princesa. Igual que hábil artífice, aleccionado por Vulcano y Minerva, orla de oro la plata y consume obras de primoroso arte, así derramó Minerva la gracia sobre la cabeza y los hombros del héroe, que apareció más alto y más grueso y con los cabellos ensortijados como flores de jacinto.

Nausícaa invitó a Ulises a que subiera a su carro, hízolo ella misma junto con sus esclavas, y momentos después partían en dirección a la ciudad.

VI

EL REY DE LOS FEACIOS

HORAS más tarde, guiado por Minerva, que había tomado la figura de un hombre —pues Nausícaa lo dejó a la entrada de la ciudad, temerosa de que las gentes murmuraran de ella—, Ulises llegaba a las puertas del palacio de Alcínoo, rey de los feacios.

Envuelto en una espesa nube con que le cubrió Minerva, Ulises penetró en el palacio sin que nadie lo viera, y se internó hasta la sala del trono donde se hallaban el rey Alcínoo, su esposa Arete y multitud de invitados. El héroe cayó a los pies de la reina y dijo así:

—¡Arete, hija de Rexenor, que parecía un dios! Después de sufrir mucho llego hasta ti para que intercedas ante tu esposo, y él me facilite hombres que me conduzcan hasta mi patria, pues hace tiempo que ando padeciendo infortunios.

Alcínoo, tomando de la mano a Ulises, que se había sentado en el suelo, junto a la lumbre, le hizo sentar en una espléndida silla, ordenando a una esclava que pu-

siera ante él una mesa. La dispensera colocó en ella numerosos manjares. Cuando el héroe hubo comido y bebido, el rey le dirigió estas palabras:

—¡Huésped! Ante todo quiero interrogarte. ¿Quién eres y de qué país procedes?

—Difícil me fuera, oh rey —contestó el prudente Ulises—, relatar al punto todos los males que los dioses del cielo desataron contra mí. Mas satisfaré tu demanda. En medio de los mares existe una isla, Ogigia, morada de la ninfa Calipso. Ni dioses ni hombres mortales se comunican con ella. Pero a mí, ¡oh desdichado!, me llevó a su hogar algún numen, después que Júpiter, con ardiente rayo, había hundido mi nave en el mar, donde perecieron todos mis compañeros. Asiéndome a la quilla de mi bajel anduve errante nueve días, y en la décima noche lleváronme los dioses a la isla de la ninfa Ca-



Ulises

lipso. Ella me acogió con bondad, y aun me dijo no pocas veces que me haría inmortal si consentía en casarme con ella, pero sus palabras no lograron persuadir mi alma. Allí pasé siete años, y al llegar el octavo, ora fuese por orden de Júpiter, ora porque variasen sus sentimientos, invitóme a partir en una balsa que yo mismo construí. Pero Neptuno, que sacude la tierra, levantó vientos contrarios y destrozó mi balsa, cuyos

leños se llevó la tempestad. Nadé vigorosamente hasta que el viento y las olas me impulsaron a tierra, y así llegué a las playas de vuestro país.

—Desde ahora decido —repuso Alcínoo— que fijo para mañana el día de tu conducción. Mientras duermas, vencido por el sueño, los compañeros remarán hasta que llegues a tu patria, y tú mismo apreciarás cuán excelentes son mis naves y cuán hábiles los jóvenes en batir las aguas con los remos.

A la mañana siguiente, Alcínoo dejó el lecho temprano, y dispuso que un heraldo convocara a los caudillos.

—¡Oídmе, caudillos y príncipes de los feacios! —dijo cuando todos se hubieron reunido—. Ignoro quién es este forastero que errante llegó a mi casa. Ayuda nos pide para restituirse a su patria y nosotros lo habremos de conducir, porque nunca entró hombre alguno en mi casa que no encontrara ayuda. Ea, pues, botemos al mar una nave sin estrenar aún, y escójanse entre el pueblo los cincuenta y dos mancebos que hasta aquí hayan sido los más excelentes remeros. Luego partamos a mi casa a disponer un banquete con que nos regalemos todos. Vosotros, reyes portadores de cetro, venid a mi palacio para que agasajemos al huésped. Y llamad a Demódoco, el divino aedo, para que nos deleite con su canto.

Momentos después, los cincuenta y dos jóvenes elegidos botaban la nave al mar y aparejaban sus velas. Y hecho esto con diligencia fuéronse todos al palacio de Alcínoo. Llenos de hombres estaban el pórtico, la sala y

el patio. Para ellos inmoló Alcínoo doce ovejas, ocho cerdos y dos bueyes, con los que se dispuso un agradable convite. Servidos los manjares, comenzaron todos a comer y beber. Al terminar el banquete, el aedo, a quien la Musa excitó la inspiración, comenzó a cantar, acompañado por la cítara, loando la gloria de los guerreros cuya fama llegaba entonces al anchuroso cielo. Relató la disputa entre Ulises y el Pelida Aquiles, quienes se trabaron en palabras durante el banquete dedicado a los dioses, mientras el rey de hombres Agamenón se regocijaba al ver querellarse a los héroes más famosos de los aqueos, pues así se cumpliría la predicción de Apolo, de que, desde ese punto, comenzarían a resolverse las calamidades que padecían en la guerra, por decisión de Júpiter.

Mientras así cantaba el aedo, Ulises tomó en sus manos el manto color de púrpura, y se cubrió la faz para que no vieran las lágrimas que rodaban de sus ojos. Alcínoo, que estaba a su lado, se dió cuenta de sus lágrimas, y habló así a los feacios:

—Oídmе, príncipes y capitanes: como ya hemos gozado del banquete, salgamos y entreguémonos a toda suerte de juegos, para que nuestro huésped pueda referir a sus amigos, de regreso a la patria, cómo superamos a todos los demás hombres en el pugilato, la lucha, el salto y la carrera.

VII

LOS JUEGOS

HECHA la invitación por Alcínoo, todos se dirigieron al ágora. Allí se pusieron en pie muchos y muy vigorosos mancebos, deseosos de competir en las pruebas. Empezaron por probarse en la carrera. De la raya partieron velocísimos todos a la vez, pero por gran distancia les aventajaba el eximio Clitoneo cuando aparecieron de nuevo ante el pueblo. Otros se midieron después en la lucha y en el salto. Elatreo resultó el más fuerte en arrojar el disco. Cuando estas pruebas se hubieron realizado, Laodamante, hijo de Alcínoo, habló de esta suerte:

—Ahora, amigos, preguntemos a nuestro huésped si conoce algún juego. En verdad que no tiene mala presencia. Y dirigiéndose a Ulises, prosiguió: —Ea, padre huésped, ven tú también a probarte en los juegos si alguno aprendiste.

—¿Por qué, oh Laodamante, me ordenáis tales cosas; para hacerme burla? Más que deseosa de juegos hállese

mi alma ahita de dolores por las fatigas y los males soportados.

Así dijo, y Euríalo le contestó con desdén:

—¡Huésped!; pareces ignorar aquellos ejercicios en que se instruyen los hombres. Más que a un atleta te asemejas a un patrón de marineros mercantes que, sobre su nave de carga, sólo se preocupa de sus mercaderías y su lucro.

Mirándolo torvamente, respondió Ulises:

—¡Huésped!; sin juicio hablaste y me pareces un insensato. No soy ignorante en los juegos, como tú afirmas; antes pienso que me podían contar entre los primeros, mientras tuve confianza en mi juventud y en mis manos. Ahora me siento abrumado por las pesadumbres y las fatigas. Con todo, me mediré con vosotros, porque tus palabras hirieron mi alma y me irritaste con tu arenga.

Dijo; y sin despojarse del manto, lanzóse impetuoso, levantó un disco más grande y pesado que los que solían usar los feacios en sus deportes, y lo volteó, arrojándolo con vigorosa mano. Partió la piedra silbando, y se detuvo más allá de la raya, meta de todos los otros.

—Ahora, jóvenes —dijo Ulises—, llegad a mi disco, y si lo alcanzáis, me veréis luego arrojar otro más lejos aún. Y en los restantes juegos, aquel a quien le impulse el ánimo a probarse conmigo, venga acá, pues a nadie recuso entre todos los feacios.

Así se expresó, y todos permanecieron silenciosos. Solamente Alcínoo le habló de esta manera:

—¡Huésped!; no nos desplazieron tus palabras, ya que con ellas te propusiste demostrar el valor que tienes, enojado de que este hombre te increpase, siendo así que ningún mortal pondría reproche a tu bravura. Mas ahora escucha lo que voy a decirte, pues anhele que hables con elogio de nosotros, cuando en tu casa te sientes a la mesa en compañía de tu esposa e hijos. Nosotros descollamos en la agilidad de los pies y en la ciencia del mar. Pero, ea, danzad vosotros, los más hábiles danzarines, para que pueda admiraros nuestro huésped.

Varios adolescentes, hábiles en la danza, hirieron el circo con sus pies al compás de la cítara que pulsaba el aedo. Ulises los contemplaba absorto de admiración ante la destreza de sus movimientos. Terminadas las danzas y los juegos, Alcínoo, dirigiéndose a los feacios, habló así:

—¡Oíd, caudillos y capitanes! Discreto me parece nuestro huésped. Ofrecámosle, pues, los dones de la hospitalidad, como es justo. Doce preclaros reyes gobernáis la población y yo soy el treceno. Traiga cada uno un manto, una túnica y un talento de precioso oro, y vayamos todos juntos a llevárselo, para que asista a la cena con el corazón alegre. Y desenójelo Euríalo con palabras y un regalo, pues en verdad que no fué muy comedido.

Aplaudieron todos y ordenaron a los heraldos que les trajeran los presentes. Y Euríalo, poniendo en manos de Ulises una espada guarnecida de clavos de plata, le dirigió estas palabras:

—¡Salud, padre huésped! Si alguna palabra dije que te molestara, llévensela cuanto antes los impetuosos torbellinos.

Y Ulises respondió:

—¡Salud, amigo! Los dioses te concedan felicidades y ojalá que nunca eches de menos esta espada que ahora me das, después de apaciguarme con tus palabras.

Poco después sentáronse todos a la mesa del banquete. Finalizado éste, y a invitación de Ulises, Demódoco narró cantando la entrada en Troya del caballo de madera construido por Epeo con la ayuda de Minerva. Comenzaba el canto en el instante en que los aqueos se hallaban en el ágora de los troyanos, ocultos dentro del caballo de madera que éstos mismos habían arrastrado hasta la acrópolis. Los troyanos,

sentados en torno del caballo, vacilaban entre estos tres pareceres: hacerle astillas con el afilado bronce, precipitarle desde una altura, o guardarle como ofrenda a los dioses. Para desdicha de ellos, fué tomada esta última resolución. Así debía ser, para que se cumpliera la voluntad de los inmortales, y los más valientes aqueos, que se hallaban ocultos en el vientre del caballo, llevaran a los troyanos el estrago y la muerte. Contó luego cómo, saliendo del caballo, los gue-



Marte

rreros aqueos asolaron la ciudad, mientras Ulises y Menelao sitiaban la morada de Deifobo, sosteniendo un terrible combate en el que el primero salió vencedor con la ayuda de Minerva.

Mientras así cantaba el aedo, nuevamente comenzaron a rodar lágrimas por las mejillas de Ulises. Alcínoo, sentado junto a él, advirtió su llanto y dijo así:

—Cese ya de tocar Demódoco la armoniosa cítara. Desde que el aedo comenzó su canto, nuestro huésped no dió tregua a sus lágrimas. Duelo cruel, sin duda, señorea su alma. Y tú, huésped, habla y dinos por qué parajes anduviste errante. Di por qué lloras cuando oyes las desgracias de los aqueos. ¿Peció algún allegado tuyo cerca de Troya? ¿Fué quizá un esforzado compañero? El compañero dotado de prudencia, en verdad, no es inferior a un hermano.

VIII

EL RELATO DE ULISES

PUESTO en pie, Ulises habló de esta suerte:

—¡Rey Alcínoo, el más esclarecido de todos los ciudadanos! ¿Quieres ahora, para calmar mis penas, que relate mis infortunios? ¿Cómo comenzaré? Porque los dioses me colmaron con innumerables desventuras. Soy Ulises Laertiáda, harto conocido de los hombres por mis astucias. Habito en Itaca, donde se alza el monte Nérito. A mi salida de Troya me llevaron los vientos al país de los cícones, donde entré a saco la ciudad y repartimos equitativamente el botín que logramos. Exhorté a mi gente a que nos retiráramos, y los muy simples no se dejaron persuadir. Y mientras se entregaban a continuos banquetes, los cícones fugitivos reunieron a los de los contornos y se presentaron una mañana, tan numerosos como son las flores en la primavera. Junto a los bajeles nos combatieron y por los dos lados menu-

deaban los golpes de las lanzas. Combatimos durante todo el día, pero al caer la noche los cícones habían derrotado a los aqueos y muchos perecieron. Los demás conseguimos embarcarnos y huir, llorando la muerte de los compañeros.

Una tempestad, que a poco de navegar se levantó, arrojó nuestra nave a la isla de los lotófagos, que se nutren con un florido manjar. Bajamos en la isla a hacer aguada y mandé a dos compañeros y un heraldo a informarse qué hombres habitaban aquella tierra. Partieron al punto, y dieron con los lotófagos, gentes que, sobre no hacerles ningún mal, les regalaron lotos para que comiéramos. Tan pronto como hubieron gustado el fruto, dulce como la miel, se olvidaron de su diligencia y no pensaron más en tornar a la patria, antes bien, querían quedarse con los lotófagos. A pesar de sus lágrimas los llevé conmigo y los até a los bancos de la nave, ordenando a los compañeros que zarparan, temeroso de que olvidaran la vuelta a la patria si comían la dulce flor.

Partimos, pues, y pronto llegamos al país de los soberbios cíclopes, gentes sin ley que no cultivan sus tierras, ni tienen ágora ni leyes y moran en hondas grutas en las cimas de los montes. Cerca de la tierra de los cíclopes existe una isla, despoblada de hombres, pero llena de cabras montaraces, a la que nos dirigimos en procura de algunas e hicimos con los dardos una abundante cacería. Cenamos y dormimos en la isla, y a la mañana siguiente dije a mis compañeros: —

Permaneced aquí, caros compañeros. Con mi nave y mi gente iré a enterarme de quiénes son los hombres que habitan esa tierra, si salvajes e injustos, u hospitalarios y temerosos de los dioses. — Subí, pues, a mi nave y ordené que soltaran las amarras. Pronto llegamos a la cercana tierra donde vimos numerosos hatos de ovejas y cabras alrededor de altísima gruta, en la que tenía su asiento un varón de talla monumental. Era un monstruo horrible, en nada parecido al hombre que come pan, pero sí a umbrosa cumbre de enorme montaña. Hice desembarcar un odre de vino que pensaba regalar al hombre y nos dirigimos a su gruta. Pero al llegar a ella la encontramos vacía, porque él había salido a apacentar sus ovejas. Irrumpimos en su mansión y quedamos absortos al mirar lo que en ella había: montañas de quesos y establos llenos de corderos y cabritos. Allí permanecemos con ansias de ver a aquel hombre y que nos ofreciera los dones de la hospitalidad. Encendimos fuego, comimos de los quesos y nos sentamos en espera de su retorno. Al regresar, traía un enorme haz de leña para preparar su comida y lo arrojó a la entrada de la gruta con gran estrépito. Presas de terror, huimos hacia un rincón. Hizo que entraran las cabras y ovejas que debía ordeñar, y alzando un enorme pedrusco, tan grande que veintidós carros de cuatro ruedas no lo hubieran movido, lo acomodó a guisa de puerta. Se sentó en seguida, ordeñó las ovejas y las cabras y después encendió fuego. De pronto nos vió y habló así:

—¡Forasteros! ¿Quiénes sois?

Nos quebraba el corazón su voz grave y su aspecto monstruoso. Con todo, le respondí de esta manera:

—Somos aqueos a quienes extraviaron al salir de Troya vientos que nos llevan a capricho por el mar. Nos preciamos de pertenecer a las huestes del Atrida Agamenón, y, suplicantes, nos postramos ante tus rodillas, para que nos acojas con bondad, y hagas los dones que se usan entre huéspedes. Respeta, pues, a los dioses, varón excelente; que nosotros somos ahora tus suplicantes. Y a suplicantes y forasteros protege Júpiter hospitalario.

—¡Insensato eres, ¡oh, forastero!, para instarme que tema a los dioses! Nada se nos importa a los cíclopes de Júpiter que lleva la égida, ni de los dioses, porque somos más fuertes que ellos. Y yo no te perdonaría ni a ti ni a tus compañeros por temor a Júpiter, si mi ánimo no me lo ordenase. Pero dime, ¿en qué lugar de la playa dejaste tu nave?

Así dijo para tentarme, pero su intención no me pasó inadvertida, y entonces le dije:

—Neptuno, que sacude la tierra, rompió mi nave estrellándola contra las rocas; el viento que soplaba se la llevó, y pude librarme, junto con éstos, de una muerte horrible.

El cíclope no me dió respuesta, pero volviéndose de súbito extendió las manos sobre mis camaradas, agarró a dos cual si fueran cachorrillos y los arrojó en tie-

rra con horrible violencia dejándolos sin vida. Luego despedazó los miembros y se puso a comer igual que montaraz león, sin perdonar siquiera los huesos. Ante tal horror alzamos las manos a Júpiter, invadida el alma por la desesperación. El cíclope, cuando terminó su horrendo festín bebió encima la leche que le plugo y se acostó en la gruta, en medio de las ovejas.

Al día siguiente salió dejando nuevamente en su lugar la piedra de la entrada. Entonces me puse a discutir un medio para huir y vengar a mis desdichados compañeros. Había en el establo una gran rama de olivo verde, de la cual corté un trozo no mayor de una braza, que pulí con el afilado bronce por uno de los extremos; lo endurecí después pasándolo por el fuego y lo oculté bajo el estiércol que cubría el piso. Elegí por medio de la suerte a los que, uniéndose conmigo, deberían levantar la estaca y clavarla en el único ojo del cíclope cuando de él se apoderara el sueño, y cayóles la suerte a los cuatro que yo mismo habría designado.

Por la tarde regresó el gigante, se sentó, ordeñó las ovejas y las cabras, y luego agarró a otros dos de mis compañeros y aparejó la cena. Entonces me acerqué a él y le dije:



Polifemo

—¡Cíclope, ya que comiste carne humana, toma y bebe este vino, y sabrás qué licor encerraba nuestro bajel.

Tomó el vino, bebióselo, y le gustó tanto que me pidió más.

—Dame de buen grado más vino — dijo — y hazme saber tu nombre, para ofrecerte un don hospitalario que te agradará.

Por tres veces le serví vino y lo bebió incautamente. Y cuando sus vapores le envolvieron la mente, le dije:

—Preguntas cuál es mi ilustre nombre y voy a decírtelo. Mi nombre es Outis (nadie), y Outis se llaman mi padre, mi madre y mis compañeros todos.

—Pues a Outis me lo comeré el último, después de sus compañeros y a todos los demás antes que a él — respondió cruelmente. — Ese será el don hospitalario que te ofrezca.

Al decir esto cayó de espaldas y se quedó dormido. Hice calentar entonces al fuego la estaca de olivo y cuando estaba a punto de arder la tomamos entre todos, y con gran fuerza la clavamos en el ojo del cíclope. Dió éste un horrendo gemido que hizo retumbar la roca, y nosotros, amedrentados, huimos prestamente. Mas él se arrancó la estaca, la arrojó furioso lejos de sí y se puso a llamar con grandes gritos a los cíclopes de las inmediaciones. Oyendo sus voces acudieron muchos, y parándose junto a la gruta le preguntaban:

—¿Por qué gritas tan enojado, Polifemo, durante la noche? ¿Es que por ventura te matan con engaño o por fuerza?

Y respondióles Polifemo desde adentro:

—¡Oh, amigos!, Outis (nadie) me mata con engaño, no por fuerza.

—Pues si nadie te hace fuerza — respondieron los de afuera — no es posible evitar la enfermedad que te manda Júpiter; pero ruega a tu padre el soberano Neptuno.

Apenas acabaron de hablar se fueron todos, y yo me reí en mi corazón del éxito de mi artificio. El cíclope, gimiendo de dolor y de ira fué hacia la puerta, quitó la piedra y se sentó a la entrada, estirando los brazos para atraparnos si salíamos. Entonces discurrí un medio para salvarnos. Había en el establo varios carneros grandes, gordos y de hermosa lana. Los até de tres en tres y el del centro llevaba a un hombre. En cuanto a mí, elegí uno que sobresalía por grande y lanudo entre todos los otros; monté en él y me deslicé hacia el vientre agarrándome a la abundantísima lana con las manos. Y cuando despuntó la mañana y los carneros salieron presurosos a pacer, el cíclope palpaba los lomos de los animales, sin advertir que mis compañeros iban atados a los pechos. El que a mí me llevaba fué el último en salir. Cuando estuvimos algo apartados de la cueva soltéme del carnero y desaté a los amigos. Luego nos apoderamos de aquellas gordas reses y corrimos hacia el navío, en el que nos embarcamos.

Cuando estuvimos tan lejos como es posible que pueda ser oído un hombre que grita, habléle al cíclope diciéndole:

—¡Cíclope, no debías emplear tu gran fuerza para comerte en tu gruta a los amigos de un varón indefenso. Las consecuencias de tus malas acciones debían alcanzarte, ya que no temiste devorar a tus huéspedes en tu propia morada.

Por toda respuesta el cíclope arrancó la cumbre de una gran montaña y la arrojó delante de nuestra embarcación. Agitóse el mar por la caída del peñasco y las olas empujaron la nave hacia tierra firme. A fuerza de remo conseguimos alejarnos de nuevo. Y cuando nos hallamos a doble distancia alcé mi voz para decirle:

—¡Cíclope!, si alguno de los mortales hombres te pregunta la causa de tu vergonzosa ceguera, dile que quien te privó del ojo fué Ulises, hijo de Laertes, que tiene su casa en Itaca.

—¡Oh, dioses! — replicó el cíclope suspirando; — hubo aquí un adivino que envejeció profetizando entre los cíclopes y él me vaticinó lo que hoy sucede: que sería privado de la vista por mano de Ulises.

Oró luego a Neptuno y, tomando un peñasco mucho mayor que el primero, lo arrojó haciéndolo caer detrás de nuestra embarcación. El oleaje nos llevó otra vez hacia la tierra firme. Anclamos la nave en la orilla y, como empezaba a anochecer, permanecemos en ella. Mas apenas se descubrió la hija de la mañana, Eos, de rosados dedos, nos hicimos a la mar gozosos de haber escapado de la muerte.

IX

CIRCE, LA ENCANTADORA

REANUDAMOS el viaje — prosiguió narrando Ulises — y arribamos a la tierra de Eolo, árbitro de los vientos. Nos recibió amablemente, y cuando me retiraba me obsequió, encerrados en un hermético pellejo, los soplos de los vientos rugidores, para que solamente las brisas nos acompañaran en el viaje. Movidos por la curiosidad, mis compañeros abrieron el pellejo a la mitad del viaje, y las terribles ráfagas escaparon suscitando una furiosa borrasca que nos arrasó de nuevo a la tierra de Eolo. Otra vez supliqué al dios su ayuda, pero me despidió ignominiosamente, diciéndome que él no prestaría su ayuda a un hombre a quien castigaban los dioses.

Nos pusimos, pues, en viaje sin protección alguna, y navegamos nueve días con sus noches. Al décimo llegamos a la isla Lea, morada de Circe, deidad poderosa, ducha en artes de encantamiento.

Allí formé dos secciones con mis hombres, nombrando capitán de una de ellas al magnánimo Euríloco y reservándome el mando de la otra. Echamos suertes, y correspondió a Euríloco y sus hombres explorar el interior de la isla. Nos despedimos unos de los otros con lágrimas en los ojos. Dentro de un valle, y en un lugar visible, descubrieron el palacio de Circe. En torno suyo abundaban los lobos montaraces y los leones, pero no acometieron a mis hombres, sino que adelantándose, acudieron a lamerles las manos. Cuando llegaron al vestibulo de la mansión de Circe la oyeron cantar mientras labraba una magnífica tela. Mis compañeros la llamaron a voces. Circe se levantó en seguida, abrió la magnífica puerta, los llamó y siguiéronla todos imprudentemente, a excepción de Euríloco que se quedó fuera, por temor de algún engaño. Cuando los tuvo dentro los hizo sentar, compuso un potaje de queso, harina y miel fresca con vino, y echó en él drogas perniciosas, para que los míos olvidaran por completo la tierra patria. Dióselos, bebieron, y seguidamente

los tocó con una varita y los encerró en pocilgas, pues habían quedado convertidos en puercos, cubiertos de cerdas. Todos lloraban, y Circe les echó, para comer bellotas, fabucos y fruto del cornejo.

Euríloco, que desde afuera contemplaba la escena, echó a correr



hacia la nave y nos contó lo ocurrido. Sin perder un instante eché a andar en dirección al palacio de Circe. Mas cuando estaba por llegar me salió al encuentro Mercurio, el de la vara de oro, en figura de joven mancebo. Y tomándome de la mano me dijo así:

—¡Ah, infeliz! ¿Adónde vas? Tus amigos han sido encerrados en el palacio de Circe, como cerdos, y se hallan en pocilgas. Ea, quiero salvarte. Toma este remedio que apartará de tu cabeza el día cruel y ve a la morada de Circe. Ella te preparará una mixtura y te echará drogas en el manjar; mas con todo eso no podrá encantarte, pues lo impedirá el excelente remedio que vas a recibir. Cuando Circe te hiera con su vara, tira de la espada que tienes junto al muslo y acométe-la como si desearas matarla. Ella entonces te ofrecerá mil agasajos, pero tú no los aceptes si primero no presta el juramento de los dioses.

Habló así Mercurio y me dió el remedio, arrancando una planta que tenía negra la raíz y cuya flor era blanca como la leche. Todo ocurrió como el dios me lo había anunciado. Cuando Circe oyó mi voz a la puerta de su palacio abrió, me llamó, y yo, con el corazón lleno de angustia, me fuí tras ella. Hízome sentar en una silla, y en copa de oro me preparó la mixtura para que bebiese. Mas tan luego como me la dió y bebí tocóme con la vara mientras me decía estas palabras: "Ve ahora a la pocilga y échate con tus compañeros". Vana frase, porque no había conseguido encantarme. Saqué entonces mi espada y arremetí con-

tra ella como deseando matarla. Ella profirió agudos gritos, se echó al suelo, me abrazó las rodillas y me dirigió entre sollozos estas palabras:

—¿Quién eres y de qué país procedes? Me tiene suspensa que hayas bebido estas drogas sin quedar encantado, pues ningún otro pudo resistirlas cuando pasaron el cerco de sus dientes. Eres sin duda el ingenioso Ulises, de quien me hablaba siempre Mercurio, asegurándome que vendrías, cuando volvieras de Troya. Pero ven, que deseo agasajarte.

Le pedí entonces que pronunciara el juramento de los dioses, y lo hizo al instante. Mandó luego que me sirvieran un banquete, pero yo, pensando en mis compañeros, no atinaba a echar mano a los manjares. Me preguntó si tenía temor a algún engaño y le respondí:

—¡Oh, Circe! ¿Cómo quieres que pruebe bocado antes de libertar a mis compañeros? Si me invitas de buen grado, suéltalos, para que yo pueda verlos y alegrarme con su presencia.

Circe salió del palacio con su vara en la mano, abrió la puerta de la pocilga y sacó a mis compañeros, que tenían figura de cerdos de nueve años. Untó a todos ellos con una nueva droga y en el acto tornaron a ser hombres, pero más jóvenes aún, más hermosos y más altos.

Mientras mis compañeros se bañaban para regalarse luego con un abundante banquete, yo, por indicación de Circe, fui a la costa a buscar a los demás, que se alegraron muchísimo al verme regresar sano y salvo.

Sacamos la nave a tierra y llevamos al palacio de Circe los tesoros que en ella teníamos. Allí nos quedamos durante todo un año. Un día rogué a Circe que me dejara partir, pues tanto yo como mis compañeros extrañábamos mucho la patria tierra. Entonces ella me dijo:

—Cuando despunte la aurora volveréis a navegar, y yo os mostraré el camino y os indicaré cuanto sea preciso para que no padezcáis, a causa de una maquinación funesta, ningún infortunio, ni en el mar ni en la tierra.

X

ESCILA Y CARIBDIS

TOMÁNDOME de la mano y sentándome a su lado, la diosa me habló así:

—Oye ahora lo que voy a decir, y un dios en persona te lo recordará más tarde. Llegarás primero a las Sirenas, que encantan a cuantos hombres van a encontrarlas. Aquel que imprudentemente se acerca a ellas y escucha su voz ya no vuelve a ver a su esposa y sus hijos, sino que le hechizan las sirenas con su canto. Pasa de largo y tapa las orejas de tus compañeros con cera blanda a fin de que ninguno las oiga. Mas si tú desearas oírlas, haz que te aten de pies y manos al palo de la nave, y así podrás deleitarte escuchándolas. Después que tus compañeros hayan conseguido llevarte más allá de las Sirenas te quedarán dos caminos por seguir. A un lado se alzan altas peñas. Por allí no pasan las naves sin peligro, ni aun las tímidas palomas

que llevan la ambrosía al padre Júpiter. Ninguna embarcación, en llegando allá, pudo escapar salva, pues las olas del mar y las tempestades cargadas de fuego se llevan juntamente las tablas del barco y los cuerpos de los hombres. Al lado opuesto hay dos escollos. El uno alcanza al anchuroso cielo con su pico agudo. En medio del escollo hay un antro sombrío que mira al ocaso, y a él enderezarás el rumbo de la nave. En esa cueva mora Escila, que aúlla terriblemente, y es un monstruo perverso que a nadie agradaría ver, aunque fuese un dios quien se encontrara con ella. Tiene doce pies, seis cuellos larguísimos, cada cual con una horrible cabeza en cuya boca hay tres filas de apretados dientes. Está sumida hasta la mitad del cuerpo en una honda gruta, saca las cabezas fuera, y registrando alrededor pesca delfines, perros de mar y otros monstruos marinos. Cuando por allí pasa una embarcación Escila le arrebatata con sus cabezas sendos hombres. El otro escollo es más bajo y lo verás a un tiro de flecha del primero. Hay allí un cabrahigo grande y frondoso, y a su sombra Caribdis sorbe las turbias aguas. Tres veces al día las echa fuera y otras tantas vuelve a sorberlas. No te encuentres allí cuando las sorba, pues ni Neptuno podría librarse de la perdición. Debes por el contrario acercarte mucho al escollo de Escila y hacer que tu nave pase rápidamente, pues es mejor que eches de menos a seis compañeros que a todos juntos. Llegarás más tarde a la isla de Trinacria, donde pacen las vacas y las ovejas del Sol. Cuídate bien de tocar uno solo

de estos animales, pues si lo hicieras desde ya te anuncio la perdición de tu nave y de tus compañeros.

Momentos más tarde subimos a la nave, soltamos las amarras y zarpamos con próspero viento. Pronto llegamos cerca de la isla de las Sirenas. Corté entonces con el duro bronce un pan de cera y, ablandándola al sol, tapé con ella los oídos de mis compañeros, ordenándoles que me ataran al mástil. Así lo hicieron ellos. Cuando las Sirenas advirtieron la presencia de la nave, comenzaron a entonar un canto que decía: "¡Oh célebre Ulises, gloria insigne de los aqueos! Detén la nave y acércate para que oigas nuestra voz, pues nosotras sabemos cuántas fatigas padecieron aqueos y troyanos por voluntad de los dioses".

Era tan dulce la voz que no pude resistir el deseo de oírlas de más cerca e hice señas a mis compañeros de que me desataran. Pero, siguiendo las instrucciones que por anticipado les diera, me ataron al mástil más fuertemente con nuevos cordeles.

A poco de haber dejado atrás la isla de las Sirenas vi humo y enormes olas y percibí fuerte estruendo. Era Caribdis. Mis compañeros, amedrentados, contuvieron los remos, pero los exhorté a que prosiguieran remando con redoblado ahinco y apartándose del humo y las olas. Pero no les hablé de Escila, por temor de que dejaran de remar. Al pasar el estrecho, Caribdis sorbía de horrible manera el agua del mar. Al vomitarlas de nuevo dejaba oír sordo murmullo y la espuma caía sobre las cumbres de ambos escollos. El miedo se apo-

deró de los míos, y mientras contemplábamos a Caribdis, temerosos de la muerte, Escila me arrebató de la nave seis compañeros de los que más sobresalían por su fuerza. Cuando quise volver los ojos a la nave vi en el aire los pies y las manos de los que me habían sido arrebatados, y que me llamaban con el corazón afligido diciendo mi nombre por vez postrera. De todo lo que padecí andando por el mar, el espectáculo más horrible que vieron mis ojos fué el de mis compañeros devorados por Escila sobre las piedras de su gruta.



Júpiter Tonante

Luego de escapar de aquellas rocas de las horrendas Caribdis y Escila llegamos a la isla del dios, en la que se veían pacer numerosas vacas y ovejas. Entonces, recordando la advertencia de Circe, ordené a los compañeros que pasaran de largo por la isla.

—Oíd mis palabras, amigos — les dije; — aunque padezcáis muchos males, bueno es que sigamos el consejo de Circe, quien me dijo que huyéramos de la isla del Sol, pues allí nos aguarda el más terrible de los infortunios.

Me pidieron los compañeros que bajáramos en la isla para descansar y preparar la comida junto a la nave y accedí, pero no sin exigirles que me juraran no matar ninguno de aquellos animales. Más de lo que pensábamos debimos permanecer en la isla, pues durante un mes entero sopló viento huracanado. De pronto advertimos que se agotaban los víveres, y nos vimos obligados a cazar y pescar para alimentarnos. Yo me interné en la isla para orar a los dioses, y durante mi ausencia, mal aconsejados por Euríloco, mis compañeros echaron mano a la más hermosa de las vacas del Sol y la sacrificaron para comerla. Cuando regresé ya estaba consumado el daño. Durante seis días mis compañeros se alimentaron con animales de los rebaños del Sol. Al séptimo cesó la violencia del vendaval y reanudamos el viaje. Fué entonces cuando cayó de pronto, sobre nosotros, la cólera del dios auxiliado por la del prepotente Júpiter. Cuando perdimos de vista la tierra se desencadenó de pronto una

terrible borrasca. Un torbellino rompió los dos cables del mástil y éste cayó hiriendo la cabeza del piloto que perdió la vida. Júpiter despidió un trueno; simultáneamente lanzó un rayo sobre nuestro barco y mis compañeros cayeron al mar, donde se los llevó el terrible oleaje.

Nueve días y nueve noches anduve errante sobre un madero, y en la del décimo lleváronme los dioses a la isla Ogigia, donde vive Calipso, quien me acogió amistosamente y me prodigó sus cuidados. Mas ¿a qué contar el resto? Os lo referí ayer a ti y a tu ilustre esposa, y me es enojoso repetir lo que se ha explicado claramente.

XI

TRANSFORMACION DE ULISES

CUANDO Ulises terminó su relato, Alcínoo le dijo: — ¡Oh Ulises! Pues llegaste a mi mansión, creo que tornarás a tu patria sin tener que vagar más, aunque sean en tan gran número los males que has padecido.

Numerosos y de gran valor fueron los regalos que Alcínoo y los demás reyes feacios obsequiaron a Ulises. Antes de partir éste ordenó el rey que mezclaran el dulce vino en la crátera para hacer libaciones a los dioses, y Ulises, tomando una copa de doble asa, la puso en manos de Arete, diciéndole:

— Sé constantemente dichosa, oh reina. Yo me voy. Tú continúa holgándote en esta casa con tus hijos, el pueblo y el rey Alcínoo.

Dicho esto traspuso el umbral, siendo conducido por un heraldo hasta la nave, en la que ya estaban los remeros en sus puestos, con los remos empuñados. Ulises

subió a la nave y se acostó, no tardando en dormirse profundamente. Del mismo modo que los caballos de una cuadriga se lanzan a correr en un campo a los golpes del látigo, y, levantándose sobre sus pies, terminan prontamente la carrera, así se alzaba la proa del navío y dejaba tras de sí muy agitadas las olas del estruendoso mar. Cuando salía la más rutilante estrella, la que de modo especial anuncia la luz de Eos, hija de la mañana, la nave llegó a la isla de Itaca y varó en la playa, saliendo del agua hasta la mitad. ¡Tales eran los remeros por cuyas manos fué conducida! Apenas saltaron éstos de la nave, sacaron a Ulises, todavía dormido, y lo dejaron en la arena. Desembarcaron luego las riquezas regaladas por los feacios y las dejaron a su lado. Después tornaron al barco y se alejaron hacia su patria remando vigorosamente.

Al despertar, halló Ulises junto a él un joven pastor de ovejas, figura que había tomado, para aparecérselo, Minerva. Dióse a conocer la diosa y luego dijo:

—Vengo ahora a forjar contigo un plan, a esconder tus riquezas, y a revelarte todos los trabajos que has de soportar fatalmente en tu morada; toléralos y sufre en silencio los muchos pesares y violencias que te hicieren los hombres. Pero antes metamos tus riquezas en lo más hondo de una cueva para que las tengas seguras, y deliberemos, para que todo se haga de la mejor manera.

Llevaron entre Ulises y la diosa los tesoros del primero a lo más profundo de una caverna, y ella obstru

yó la entrada con una enorme piedra. Sentáronse luego en las raíces de un olivo y deliberaron acerca del exterminio de los orgullosos Pretendientes. La diosa habló así:

—Yo te asistiré en esa empresa, y creo que alguno de los Pretendientes que devoran tu hacienda y mandan en tu palacio manchará con su sangre el pavimento. Mas ea, voy a hacerte desconocido para todos los mortales: arrugaré el hermoso cutis de tus miembros, raeré de tu cabeza los blondos cabellos, te pondré unos harapos que causen horror al que los vea, y llenaré de tiña tus ojos para que parezcas un ser despreciable a todos los Pretendientes. Llégate ante todo al porquerizo, el guardián de tus cerdos, que te quiere bien y adora a tu hijo y a la prudente Penélope. Interrógale sobre cuanto desees, mientras yo voy a Esparta y llamo a Telémaco, que fué al palacio de Menelao a preguntar por ti. Yo misma le llevé, para que, con ir allá, adquiriese lustre y fama, y no sufre trabajo alguno sino que está tranquilo en el palacio del Atrida. Cierto es que algunos jóvenes le acechan, embarcados en negro bajel, y quieren matarlo cuando vuelva al patrio suelo; pero me parece que no sucederá así, y que antes la tierra tendrá en su seno alguno de los Pretendientes que devoran alocadamente tus haciendas.

Dicho esto, Minerva le tocó con una varita, y al punto el rostro de Ulises y sus miembros quedaron arrugados como los de un anciano y de su cabeza cayeron

los blondos cabellos. Le vistió unos harapos y una túnica que estaban rotos y sucios y le entregó un palo y un astroso zurrón lleno de agujeros. En seguida se separaron, yéndose Minerva hacia Lacedemonia, donde se hallaba Telémaco.

Dejando la playa, Ulises se encaminó a la cabaña del porquerizo. Le salieron al encuentro cuatro perros que ladraron furiosamente. Y quizá hubiera padecido gran infortunio en sus propios establos si no hubiese acudido prestamente el porquerizo dando voces y espantando a pedradas a los perros. Luego habló al rey de esta manera:

—¡Oh, anciano! Poco faltó para que los perros te despedazaran, lo que habría sido gran oprobio para mí. Ya los dioses me tienen dolorido por una causa bien distinta, pues mientras lloro y me angustio pensando en mi señor igual a un dios, he de criar estos cerdos para que otros se los coman; y quizá él anda hambriento y peregrino por otros pueblos, si es que aún vive y contempla la luz del sol.

Así diciendo, el porquerizo Eumeo le condujo a su cabaña y le hizo sentar. Luego fué a las pocilgas donde estaban los cerdos, mató dos y los asó y convidó a Ulises a comer.

—Júpiter y los inmortales dioses te concedan, oh huésped, lo que más anheles — dijo el rey, — ya que con tanta benevolencia me has acogido.

—¡Oh, forastero! — respondió el porquerizo; — no me es lícito despreciar al huésped que se presente, aunque

sea más miserable que tú, pues todos los forasteros y pobres son de Júpiter. Come, pues, esta carne, que es la que está a disposición de los esclavos, pues los Pretendientes devoran los cerdos más gordos. Y no solamente éstos, sino las vacas y las cabras, y también beben el vino sin tasa ni medida, destruyendo la hacienda de mi amo, que era cuantiosísima.

Mientras así hablaba el porquerizo, Ulises comía y bebía sin responder, meditando males contra los Pretendientes. Al terminar la comida, Eumeo preguntó a Ulises quién era y de qué país había llegado. Poco le costó al rey, cuyo ingenio era grande, inventar una historia que conmovió al porquerizo. Mas como el forastero asegurara que durante sus andanzas había visto a Ulises sano y salvo a pesar de sus trabajos y sufrimientos, Eumeo le respondió:

—¡Ah, huésped!; me has conmovido hondamente el ánimo, pero no me parece que hayas hablado como debieras en lo referente a Ulises. ¿Qué es lo que te obliga, siendo cual eres, a mentir inútilmente? Sé que mi llorado amo ha perdido la vida o que no regresará más a la patria. No quieras, pues, halagarme con embustes, que no te querré por esto, sino por el temor de Júpiter hospitalario y por la compasión que me inspiras.

Entonces Ulises le respondió:

—¡Oh, amigo!; ya que aseguras que aquél no ha de volver y tu ánimo permanece incrédulo, no sólo quiero repetirte sino hasta jurarte que tu amo volverá. Me es tan odioso como la puerta de Hades, aquel que, ce-

diendo a la miseria, refiere embustes. Sean testigos, primeramente Júpiter y luego la mesa hospitalaria y el hogar del irreprochable Ulises al que he llegado, de que todo se cumplirá como lo digo: Ulises vendrá aquí este mismo año; al terminar el mes que corre y comenzar el otro volverá a su casa, y se vengará de quienes ultrajan a su mujer y a su hijo.

Sin dar crédito a lo que oía se levantó el porquerizo, puso cerca del fuego una cama para el huésped y la llenó de pieles de ovejas y cabras. Ulises se acostó en ella. Eumeo, en cambio, echóse encima la piel de una cabra grande, ciñóse la espada y se fué a acostar en la concavidad de una elevada peña, donde dormían los cerdos.

En su improvisada cama, sin poder pegar los ojos, meditaba el infortunado rey de Itaca, fraguando en su imaginación terribles males contra los Pretendientes. Ardua era la empresa, pues eran éstos los jóvenes más distinguidos y duchos en el arte de la guerra. Pero Ulises confiaba en la ayuda de la diosa de los ojos verdes,



Ulises

XII

LA VUELTA DE TELEMACO

MIENTRAS tanto, Minerva se encaminó a Lacedemonia para aconsejar al hijo de Ulises el retorno a su patria. Halló a Telémaco y al hijo de Néstor acostados en el vestíbulo de la casa de Menelao. Deteniéndose ante el primero, la diosa dijo así:

—¡Telémaco! No es bueno que demores fuera de tu casa habiendo dejado en ella unos hombres tan soberbios: no sea que despilfarren todos tus bienes y luego el viaje te resulte inútil. Regresa, pero ten en cuenta lo que voy a decirte: los más conspicuos Pretendientes se emboscaron, para acechar tu llegada, en el estrecho que media entre Itaca y Samo, pues quieren matarte. Por eso, haz que pase la nave a alguna distancia de las islas y navega de noche. El inmortal que te guarda y protege enviará detrás de tu barco próspero viento.

Cuando llegues a Itaca manda la nave y los compañeros a la ciudad y llégate ante todo a la cabaña del porquerizo, que te quiere bien.

Habló así la diosa y desapareció. Telémaco despertó a Pisístrato y ambos jóvenes fueron a la presencia de Menelao. El hijo de Ulises le habló así:

—Menelao Atrida, alumno de Júpiter: te ruego que no te opongas a que regrese ahora mismo a mi patria.

—Telémaco; no te detendré mucho tiempo ya que deseas irte, pero aguarda que traiga y deposite en el carro hermosos presentes y mande a las mujeres que aparejen un banquete.

Ordenó en efecto que prepararan un festín y condujo luego a Telémaco a una estancia donde se depositaban los objetos preciosos.

—De cuantas cosas se guardan en mi palacio — dijo Menelao — te daré la más bella: una crátera labrada, toda de plata con los bordes de oro, hecha por Vulcano, que me regaló Fédimo, rey de los sidonios.

Así diciendo, puso en manos de Telémaco la espléndida crátera. Luego se trasladaron a la sala del banquete. Finalizado éste, Telémaco y Pisístrato, luego de ofrecer



Vulcano

libaciones a los dioses, subieron al carro al que habían sido llevados los regalos. Y en el momento en que se despedían pasó por encima de ellos, hacia la izquierda, un águila que llevaba en las garras un ánsar doméstico, blanco, enorme, arrebatado de algún corral. Seguíanla gritando hombres y mujeres, y, al llegar junto al carro, torció el vuelo hacia la derecha junto mismo a los corceles.

—Considera, oh Menelao — dijo Pisístrato, — si el dios que nos mandó este presagio lo hizo aparecer para nosotros o para ti mismo.

Iba a contestar Menelao, cuando Helena, anticipándose, dijo:

—Oídmeme, pues os voy a decir lo que sucederá según los dioses me lo inspiran. Así como esta águila viniendo del monte donde nació y tiene su cría, ha arrebatado el ánsar criado dentro de una casa, así Ulises, después de padecer mucho y de ir errando largo tiempo, volverá a la suya y conseguirá vengarse, si ya no está en ella, maquinando males contra los Pretendientes.

Respondióle Telémaco:

—Así lo haga Júpiter, y allá te invocaré todos los días como una diosa.

Dijo, e hirió con el azote a los corceles que partieron a escape. A la mañana del siguiente día llegaba Telémaco junto a su nave, fondeada a la orilla del mar. Trasladó a ella sus tesoros, sentóse en la popa, no sin despedirse antes fraternalmente de Pisístrato, y al pun-

to soltaron las amarras. Izaron el mástil de abeto, lo metieron en el travesaño, lo ataron con sogas y acto continuo extendieron la blanca vela. Minerva les envió próspero viento, y la nave, impulsada por él, se acercó a Feras, pasó a lo largo de la Elide y enderezó la proa hacia las islas Agudas. Telémaco iba caviloso pensando si se libraría de la muerte o caería en manos de los Pretendientes.

Navegando de noche, como la diosa lo había indicado, llegaron Telémaco y sus compañeros, sin tropiezo alguno, a las playas de Itaca. Echaron anclas y ataron las amarras, abatieron rápidamente el mástil y llevaron el buque, a fuerza de remos, hasta el fondeadero. Luego saltaron a tierra y aparejaron la comida. Cuando hubieron satisfecho el deseo de comer y beber, Telémaco les habló así:

—Llevad ahora el bajel a la ciudad, pues yo me iré hacia el campo y los pastores. Al nacer la aurora, cuando haya visto mis tierras, bajaré a la población. Y mañana, en premio de este viaje, os convidaré con un banquete. — Momentos después los compañeros de Telémaco subieron a la nave dirigiéndose con ella rumbo a la población, mientras él se iba, a buen paso, hacia la cabaña del porquerizo, que tan afecto era a sus señores.

XIII

PADRE E HIJO

No bien rayó la luz de la aurora, Ulises y el porquerizo encendieron fuego en la cabaña y prepararon el desayuno. Cuando Telémaco llegó al corral los perros se alegraron, sin que ninguno ladrase.

—Eumeo — dijo Ulises, — sin duda viene algún compañero tuyo u otro conocido, pues los perros en vez de ladrar mueven la cola.

Apenas había dicho estas palabras cuando su querido hijo se detuvo en el umbral. Levantóse atónito el porquerizo, corrió al encuentro de su señor y le besó la cabeza y las manos, vertiendo abundantes lágrimas.

—¡Has vuelto, Telémaco, mi dulce luz! — exclamó. — No pensaba verte más, desde que te fuiste con la nave a Pilos. Pero entra, hijo, querido, para que se huelgue mi ánimo en contemplarte.

—Así lo haré, abuelo — respondió Telémaco, — pues

por ti he venido, y para que me digas si mi madre permanece todavía en el palacio, o si alguno de aquellos varones se casó con ella.

—Permanece en el palacio — repuso Eumeo — y consume tristemente los días y las noches llorando sin cesar.

Cuando Telémaco penetró en la cabaña, Ulises quiso cederle el asiento que ocupaba, pero el joven se lo prohibió diciendo:

—Siéntate, huésped, que aquí está el varón que ha de prepararme un asiento. — Luego, dirigiéndose a Eumeo le dijo: — Abuelo, ¿de dónde te ha llegado este huésped? ¿Quién se precia de ser?

—Se precia de ser de la espaciosa Creta — repuso Eumeo — y dice que ha andado vagabundo por muchas de las poblaciones de los mortales. Haz por él lo que quieras, pues se gloria de ser tu suplicante.

—Eumeo — replicó Telémaco, — en verdad que me produce gran pena lo que has dicho. ¿Cómo acogeré yo en mi casa al suplicante si soy demasiado joven para castigar a quien le injurie? Lo que haré es mandarle vestidos muy hermosos, sandalias y una espada de dos filos. Mas no he de permitir que vaya allá a mezclarse con los Pretendientes, cuya malvada insolencia es tan grande, para evitar que lo zahieran. Un hombre solo, por fuerte que sea, nada consigue volviéndose contra tantos, pues juntos son más poderosos.

—¡Oh, amigo! — dijo entonces Ulises; — se me desgarró el corazón cuando oigo hablar de las iniquidades

que, según decís, cometen en tu palacio los Pretendientes. Dime si te sometes por tu voluntad o te odia quizá tu pueblo. Ojalá que con el ánimo que tengo gozara de tu juventud y fuera hijo del eximio Ulises, o Ulises en persona. Cortárame la cabeza algún varón enemigo si no me convertía entonces en una calamidad para todos ellos. Y si con estar solo hubiera de sucumbir vencido por su número, más querría recibir la muerte que ver en mi casa huéspedes maltratados, siervas ofendidas y mi hacienda saqueada.

—No me hice odioso al pueblo — respondió Telémaco, — pero mi mansión está llena de poderosos enemigos, que son los hijos de los próceres que mandan en las islas vecinas e imperan en Itaca. Todos ellos pretenden a mi madre y arruinan mi casa, sin que yo, joven y solo, pueda castigar su insolencia.

Enviado por Telémaco, acudió Eumeo al palacio a comunicar a Penélope el feliz regreso de su hijo. Entonces Minerva, transformada en una mujer alta y hermosa, se apareció a Ulises, sin que Telémaco la viera. Salió aquél a su encuentro y junto a la cabaña la diosa le dijo así:

—¡Ulises! Habla con tu hijo y nada le ocultes, para que, luego de tramar cómo daréis la muerte a los Pretendientes, os vayáis a la ciudad, que yo no estaré mucho tiempo lejos de vosotros, deseosa como estoy de entrar en combate.

Así dijo, y tocándole con la varita de oro le cubrió el pecho con una túnica y un manto limpios, y le

aumentó la talla y el vigor juvenil. El héroe recobró también su color moreno, y se le redondearon las mejillas, ennegreciéndosele el pelo y la barba. Hecho esto la diosa se fué y Ulises regresó a la cabaña. Viólo con gran asombro su hijo, se turbó, volvió los ojos hacia otra parte, por si aquella persona fuese alguna deidad, y le dijo estas palabras:

—¡Oh, forastero!; te muestras otro en comparación de antes, e indudablemente debes ser alguno de los dioses. Séenos propicio para que te ofrezcamos sacrificios agradables. ¡Apiádate de nosotros!

Y contestóle Ulises:

—No soy ningún dios. ¿Por qué me confundes con los inmortales? Soy tu padre, por quien gimes y sufres tantos dolores y aguantas los ultrajes de los hombres.

Diciendo así, besó a su hijo y dejó que las lágrimas, que hasta entonces había contenido, rodaran por sus mejillas. Mas Telémaco, que aún no estaba convencido, le dirigió estas palabras:

—Tú no eres mi padre Ulises, sino algún Dios que me engaña para que luego me lamente y sufra más: que un mortal no haría tales cosas con su inteligencia, a no ser que se le acercase un dios y lo transformara a su antojo. Poco ha eras un anciano y estabas vestido miserablemente; mas ahora te pareces a los dioses que habitan el Olimpo.

—¡Telémaco! — replicó Ulises. — No conviene que te asombres tanto de tener a tu padre junto a ti. Lo que has presenciado es obra de Minerva, que impera

en las batallas, la cual me transforma a su gusto porque puede hacerlo.

Entonces Telémaco abrazó a su padre entre sollozos y lágrimas. Por largo espacio lloraron los dos abrazados. A pedido de Telémaco narró entonces Ulises cómo había regresado a la patria, y terminó diciendo:

—Y he venido acá aconsejado por Minerva, a fin de que tramemos la muerte de mis enemigos. Pero enumérame y descríbeme a los Pretendientes, para que, sabiendo yo cuántos y cuáles son, medite si nosotros dos nos bastaremos o será preciso buscar ayuda.

—¡Oh, padre! — respondió Telémaco. — Siempre oí decir que eres famoso por tu valor y la prudencia de tus consejos, pero me asombra lo que dices, de que quizá podamos dos hombres solos luchar contra tantos enemigos. Son centenares, y están entre ellos los jóvenes más ilustres de Itaca y las islas vecinas. Temo que, si cargamos contra todos ellos, pagues de manera bien amarga y terrible el propósito de castigarlos, cuando has llegado después de sufrir tanto. Pero tú piensas que quizá encontremos algún defensor que nos ayude.

—Reflexiona — respondió Ulises — si nos bastarán para ello Minerva y Júpiter, o si será necesario que busque algún otro defensor.

—Buenos son los que me nombras — dijo Telémaco, — aunque residen en lo alto, pues ellos imperan entre los hombres y los inmortales dioses.

—Pues bien pronto han de participar en la lucha — dijo Ulises. Y agregó: — Ahora tú, apenas se descubra

Eos, vete a casa y mézclate con los soberbios Pretendientes. A mí el porquerizo me llevará más tarde a la población transformado en viejo y miserable mendigo. Si me ultrajaren en el palacio, sufre en el corazón que yo padezca malos tratamientos. Y si vieras que me echan arrastrándome por los pies o me tiran saetas, súpelo también. Tan luego como la sabia Minerva me lo inspire, te haré una señal con la cabeza. Así que la notes, llévate las armas que hay en el palacio y enciérralas en mi habitación, dejando solamente para nosotros dos lanzas, dos espadas y dos escudos de cuero que podamos tomar para atacar a los Pretendientes. Y ahora escucha: si en verdad eres hijo mío, que ninguno oiga decir que Ulises está dentro: ni Laertes, ni el porquerizo, ni los domésticos, ni la misma Penélope. Así sabremos quiénes son fieles a nosotros y quiénes no.

Mientras así conversaban padre e hijo, llegaba a Itaca la nave que había conducido a Pilos a Telémaco y a sus compañeros, los cuales, luego de sacar el barco a tierra, transportaron los tesoros de Telémaco a casa de uno de ellos, su fiel amigo Clitio. Luego enviaron un heraldo a casa de Telémaco a que diera noticias a Penélope de cómo su hijo, de regreso a la patria, se hallaba en el campo y había ordenado que llevaran el bajel a la ciudad. Al mismo tiempo que el heraldo, llegó a palacio el porquerizo con la noticia. Los Pretendientes, afligidos y confusos, salieron del palacio y se sentaron delante de la puerta. Eurímaco, hijo de Pólipo, comenzó a arengarles:

—¡Oh, amigo! Gran proeza ha realizado orgullosamente Telémaco con ese viaje. Pero mandemos un bajel con remeros que avisen a los nuestros la llegada de Telémaco para que regresen.

Apenas hubo dicho estas palabras vieron que la nave de los Pretendientes entraba en el puerto y los remeros amainaban las velas. Acudieron todos al lugar donde atracó la nave y luego se dirigieron juntos al ágora. Uno de ellos, Antínoo, habló de esta suerte:

—¡Ah, cómo las deidades libraron del mal a ese hombre! Durante el día los atalayas estaban sentados en las cumbres, sucediéndose sin interrupción. Y por la noche acechábamos la llegada de Telémaco para apresarle y acabar con él. Mas tratemos ahora algo para hallar la manera de darle muerte, no sea que se nos escape, pues mientras viva no se verán cumplidos nuestros propósitos. Antes que convoque al ágora y comunique al pueblo que hemos tratado de darle muerte, con lo que quizá el pueblo indignado se lance sobre nosotros, busquemos la forma de matarlo en el campo o en los caminos. Apoderémonos luego de sus bienes y heredades, a fin de repartírnoslos equitativamente.

Así habló y todos permanecieron silenciosos. Entonces Anfímono, hijo del rey de Duliquio, se levantó y dijo así:

—¡Oh, amigos! Yo no quisiera matar de tal suerte a Telémaco, que es grave cosa destruir el linaje de los reyes, sino consultar primeramente la voluntad de las deidades. Si el gran Júpiter lo aprobase, yo mismo lo

mataría; mas si los dioses nos apartaran de este propósito, os invitaría a que desistierais.

Levantáronse entonces y fueron al palacio de Ulises. Penélope, hasta cuyos oídos había llegado la noticia de que los Pretendientes tramaban la muerte de su hijo, decidió presentarse en la sala del festín, e increpó a Antínoo diciéndole:

—¡Antínoo, urdidor de maldades! ¡Desatinado! ¿Es posible que estés maquinando la forma de dar muerte a Telémaco? ¿Ignoras que tu padre vino a Itaca huyendo de su pueblo, que se había alzado contra él, y que Ulises lo contuvo y evitó que lo mataran? Y ahora te comes ignominiosamente su casa, pretendes a su esposa, e intentas matarle al hijo? Mas yo te emplazo a que ceses ya e invites a los demás a que hagan lo propio.

Calló Antínoo y alzó la voz Eurímaco, diciéndole:

—¡Discreta Penélope! Cobra ánimo y no te preocupes por tales cosas. No hay hombre ni lo habrá que ponga sus manos en tu hijo Telémaco mientras yo viva, pues su sangre correría en torno de mi lanza.

Así le habló para tranquilizarla, pero también maquinaba la muerte de Telémaco. Penélope, presa de gran angustia, se retiró a sus habitaciones.

Al caer de la tarde volvió el porquerizo junto a Ulises y su hijo, que estaban preparando la cena. Mientras lo hacían se acercó a Ulises la diosa Minerva, le tocó con su vara y le convirtió de nuevo en un anciano cubierto de miserables vestiduras, para evitar que el porquerizo lo reconociera.

XIV

ULISES EN EL PALACIO

A sí que se descubrió la hija de la mañana, Eos de rosados dedos, Telémaco ató a sus pies hermosas sandalias, asió una fornida lanza y, disponiéndose a partir para la ciudad, habló a Eumeo de este modo:

—¡Abuelo!, voy a la ciudad para que mi madre me vea, pues no creo que deje de llorar hasta que me haya visto. A ti te ordeno que lleves al infeliz huésped a la población, a fin de que mendigue en ella para comer.

Partió Telémaco a buen paso, maquinando males contra los Pretendientes. Cuando llegó al palacio, arrió su lanza a una columna y traspuso el umbral de piedra. La primera en verle fué Euriclea, su nodriza, quien corrió a su encuentro derramando lágrimas. Asimismo se juntaron a su alrededor las demás esclavas de Ulises, y todas le abrazaron. Salió de su estancia la discreta Penélope, que parecía Venus, y muy llorosa echó

los brazos sobre el hijo, le besó la cabeza y los ojos, y dijo sollozando:

—¡Has vuelto, Telémaco, mi dulce luz! Ya no pensaba verte más desde que te fuiste con la nave a Pilos ocultamente, en busca de las noticias de tu padre. ¿Has obtenido alguna?

—¡Madre mía! —contestóle el prudente Telémaco—. Ya que me has salvado de una terrible muerte, no me incites a que llore; antes bien, torna con tus esclavas a lo alto de la casa y haz voto de sacrificar a los dioses perfectas hecatombes si Júpiter permite que tenga cumplimiento la venganza.

Así le dijo, y Penélope dió inmediato cumplimiento a su pedido.

Mientras esto ocurría, y frente al palacio se divertían los Pretendientes tirando discos y jabalinas, Ulises y el porquerizo Eumeo se ponían en camino para la ciudad. Cuando llegaron a las puertas del palacio, los Pretendientes habían entrado ya y se hallaban ante las mesas, dispuestos a celebrar un nuevo banquete. Eumeo entró dejando a Ulises en la puerta. Advirtió Telémaco la llegada del porquerizo y le hizo seña de que se sentara a su lado. Poco después entró Ulises en el palacio, transfigurado en un viejo y miserable mendigo. Sentóse en el umbral, en la parte inferior de la puerta. Telémaco entregó al porquerizo un trozo de carne y un pan y le dijo:

—Dáselo al forastero y mándale que pida a todos los

Pretendientes, que al que está necesitado no le conviene ser vergonzoso.

Tomó Ulises las viandas que le entregaba el porquerizo. Luego se dirigió a todos los Pretendientes pidiéndoles carne y mendrugos. Algunos le daban, pero todos se miraban extrañados, como preguntándose quién era el mendigo y de dónde había llegado. Antínoo, que lo sabía, increpó al porquerizo con estas palabras:

—Dime, porquerizo, ¿por qué le trajiste a la ciudad? ¿Acaso no tenemos bastantes mendigos vagabundos que son peste de los festines?

Ya Ulises iba a tornar al umbral para comer lo que le habían dado los aqueos, pero se detuvo cerca de Antínoo y le dijo estas palabras:

—Dame algo, amigo, que no me pareces el peor de los aqueos, sino el mejor, ya que te asemejas a un rey. Por eso te corresponde a ti más que a los otros darme pan.

Antínoo le respondió:

—¿Qué dios nos trajo esa peste, esa amargura del banquete? Quédate allí, a distancia de mi mesa, no sea que pronto vayas al amargo Egipto por ser mendigo tan audaz y de tan poca vergüenza.

—¡Oh, dioses! —respondió Ulises—. Es verdad que el juicio que tienes no se corresponde con tu presencia. No darías de tu casa ni siquiera sal a quien te suplicara, cuando, sentado en mesa ajena, no has querido entregarme un poco de pan.

Irritóse Antínoo, y, encarándole la torva vista, le gritó:

—Ya no creo que puedas volver atrás y salir impune de este palacio habiendo proferido tales injurias.

Y tomando un escabel se lo tiró y le acertó en el hombro derecho. Ulises se mantuvo firme como una roca, sin que el golpe le hiciera vacilar, pero meneó en silencio la cabeza, meditando siniestros propósitos. Retrocedió luego hacia el umbral, se sentó, puso en tierra el zurrón y comenzó a comer. Telémaco sintió en el pecho una gran pena por aquel golpe, pero siguiendo las instrucciones de su padre permaneció silencioso, pensando también en la venganza.

Enteróse Penélope de lo ocurrido al mendigo y haciendo llamar a Eumeo le dijo:

í —Ve, Eumeo, acércate al huésped y mándale que venga que yo le interrogue acerca de si oyó hablar del paciente Ulises o lo vió acaso con sus propios ojos mientras vagaba por otras tierras.

Transmitió el porquerizo a Ulises el pedido de la reina, y él, prudentemente, le contestó:

—Eumeo, yo diría todas las cosas que sé a la hija de Icarío, mas temo a la muchedumbre de los Pretendientes, cuya insolencia y orgullo llegan al cielo. Ahora mismo, sin que hiciera mal a nadie, dióme ese varón un doloroso golpe y no lo impidió Telémaco ni otro alguno. Dile, pues, a Penélope que aguarde hasta la puesta del sol, e interrógueme entonces sobre su marido y el día que volverá.

Llegó en esto al palacio un mendigo que acostúm-

braba pedir limosna por el pueblo. Al ver a Ulises propúsose echarlo de la casa y lo insultó con estas palabras:

—Retírate del umbral, ¡oh, viejo!, para que no te veas pronto asido de un pie y tirado lejos. ¿No ves que todos me guiñan el ojo instigándome a que te arrastre y no lo hago porque me da vergüenza?

Mirándole con torva faz le respondió Ulises:

—¡Desdichado! Ningún daño te causo y no me opongo a que te den, aunque sea mucho. En este umbral hay sitio para los dos. Pero no me provoques demasiado, ni excites mi cólera, no sea que, viejo como soy, te aplique los buenos golpes que estás mereciendo.

Advirtió Antínoo la disputa de los dos mendigos, y riendo dijo a los Pretendientes:

—¡Amigos!, jamás hemos tenido una diversión como la que se prepara. El forastero e Iro están riñendo, y están para venir a las manos. Hagamos que peleen cuanto antes.

Así dijo, y todos los Pretendientes se levantaron con gran risa rodeando a los mendigos.

—¡Amigos! —prosiguió diciendo Antínoo—; de los vientres de cabra que llenamos de gordura y de sangre para la cena, que escoja el que quiera aquel que resulte vencedor. Y en lo sucesivo comerá con nosotros y no dejaremos que entre en el palacio ningún otro mendigo a pedir limosna.

—Aunque no es justo que un hombre viejo y abrumado por la desgracia luche con otro más joven —dijo Ulises—, el premio que me ofrecéis me obliga a aceptar

el combate aunque haya que sucumbir bajo los golpes que me dieran. Pero jurad que ninguno, para socorrer a Iro, me golpeará si la suerte del combate le es adversa.

Entonces Telémaco le dijo:

—¡Huésped!, si tu corazón valiente te impulsa a sacar a éste de en medio, no temas a los demás aqueos, pues con muchos tendría que luchar quien te pegase. Yo soy aquí el que da hospitalidad y los reyes presentes aprueban mis palabras.

Hicieron círculo los Pretendientes, y los dos mendigos se pusieron en el centro, uno frente al otro. Iniciado el combate, Iro castigó a Ulises en el hombro derecho. Mas, sin perder un instante, el segundo le aplicó un golpe en la cerviz, debajo de la oreja, que lo dejó tendido en el suelo, echando sangre por la boca. Luego Ulises tomó a Iro del pie y, arrastrándolo por el vestíbulo hasta llegar al pórtico, lo puso contra la pared, le colocó el bastón entre los brazos y le dijo, mientras los Pretendientes se morían de risa:

—Quédate aquí sentado para ahuyentar a los puercos y los canes, y no quieras, siendo tan ruin, ser el señor de los huéspedes y los pobres, no sea que te ocurra algo peor que lo de ahora.

Los Pretendientes agasajaron entonces a Ulises, le entregaron el premio prometido y lo sentaron a su mesa. Uno de ellos, Eurímaco, quiso hacer mofa de Ulises y le habló así:

—No sin la voluntad de los dioses vino este hombre a casa de Ulises. Paréceme como si el resplandor de las

antorchas saliese de su cabeza en la que no queda un pelo. — Luego, dirigiéndose a Ulises siguió diciendo: —Huésped, ¿querrías servirme en algún rincón de mis campos, si te tomase a sueldo, atando setos y plantando árboles? Yo te proporcionaría pan, vestido y calzado todo el año. Mas como ya eres ducho en malas obras, no querrás aplicarte al trabajo, sino tan sólo a pedir limosna por la población, a fin de poder llenar tu vientre insaciable.

—¡Eurímaco! —replicó Ulises—, si nosotros hubiéramos de competir en el trabajo de la siega, cada uno con una hoz en la mano, o guiando los bueyes para la labranza del campo, o si Júpiter suscitara una guerra en cualquier parte y yo tuviera un escudo, dos lanzas y un casco de bronce, me verías mezclado con los que más adelante lucharan y ya no me reprocharías mi vientre como ahora. Pero tú te portas con gran insolencia, tienes ánimo cruel y quizá te creas grande y fuerte porque estás entre muchos y no de los mejores. Así Ulises tornara a su patria, estas puertas tan anchas te serían angostas cuando salieses huyendo por el vestíbulo.

Irritóse más aún Eurímaco con estas palabras y le gritó:

—¡Miserable! Pronto he de imponerte el castigo que mereces por la audacia con que hablas ante tantos varones. ¿Te envanece acaso la victoria que conseguiste contra el vagabundo Iro?

Y así diciendo tomó un escabel y se lo arrojó. Pero Ulises retiró a tiempo el cuerpo y el escabel golpeó al

copero en la mano derecha, haciéndole caer la copa con gran estrépito y derribándole en tierra. Intervino Telémaco para apaciguarlos, y poco después los Pretendientes abandonaban el palacio.

XV

LOS ESPOSOS

CUANDO los Pretendientes se retiraron, Ulises se acercó a Telémaco y le dijo:

—Telémaco, es preciso llevar adentro las armas, y engañar a los Pretendientes cuando las echen de menos y te pregunten por ellas.

Obedeció Telémaco, y entre los dos llevaron al interior del palacio los cascos, los escudos y las agudas lanzas.

Salió en esto de su cuarto la discreta Penélope, y le colocaron junto al hogar el torneado sillón con adornos de plata y marfil en que solía sentarse. Una de las esclavas, Melanto, advirtió la presencia de Ulises, y le increpó de esta suerte:

—¡Forastero! ¿Nos importunarás todavía andando por la casa durante la noche? Vete afuera, oh mísero, y conténtate con lo que comiste, o muy pronto te echarán a tizonazos.

Mirándola con torva faz, le respondió Ulises:

—¡Desdichada! ¿Por qué me acometes de esa manera con ánimo irritado? ¿Quizá porque voy sucio, llevo miserables vestiduras y pido limosna por la ciudad? Sabe que en otra época también yo fuí dichoso entre los hombres, habité una rica morada y en muchas ocasiones dí limosna al vagabundo, cualquiera que fuese. Mas Júpiter me arruinó porque así lo quiso. Ten cuidado, pues tú también puedes perder la hermosura por la que sobresales entre las esclavas, o acaso suceda que Ulises regrese. Y si así no ocurriera, ya Telémaco es tal que ninguna de las mujeres del palacio le pasará inadvertida si fuese mala, pues ya tiene edad para entenderlo.

Entonces Penélope reprendió a su esclava diciéndole:

—¡Atrevida! No se me escapa la mala acción que estás cometiendo. Muy bien sabías, por haberlo oído, que he de interrogar al forastero acerca de mi esposo.

Acudió entonces otra esclava con una silla y la puso junto a la de Penélope. En ella tomó asiento Ulises, y la reina le dijo así:

—Forastero, ¿quién eres y de qué país procedes? ¿Dónde se hallan tu ciudad y tus padres?

—En medio del mar —respondió Ulises— existe una tierra hermosa y fértil, Creta, donde hay innumerables hombres y noventa ciudades. Entre ellas se halla Cnoso, gran urbe, donde reinaba mi padre, el magnánimo Deucalión. Este fué también padre del rey Idomeneo, que fué a Troya junto con los Atridas. Mi nombre es Etón y soy el más joven de los hermanos. En Cnoso co-

nocí a Ulises y aun le ofrecí los dones de la hospitalidad. El héroe había emprendido viaje para Troya, cuando la fuerza del viento lo apartó de su ruta llevándolo a Creta. Penetró en la ciudad preguntando por Idomeneo que era su amigo, según decía, pero hacía diez días que aquél había partido para Troya. Entonces lo conduje a mi palacio y le otorgué hospitalidad, tratándolo solícita y amistosamente. Los aqueos permanecieron con nosotros doce días por falta de viento, mas en el treceno sopló favorable y se dieron a la vela.

De tal suerte contaba Ulises cosas falsas que parecían verdaderas, y al escucharlo no podía Penélope contener sus lágrimas. Ulises, aunque interiormente compadecía a su esposa y sentía también deseos de llorar, consiguió disimular y mantener firmes sus ojos. Ella, cuando cesó de llorar, le dijo:

—Ahora, huésped, pienso someterte a una prueba, para saber si es verdad que en tu palacio hospedaste a mi esposo. Dime qué vestiduras llevaba su cuerpo y cómo eran el propio Ulises y sus compañeros.

—¡Oh, reina! Es difícil referirlo después de tanto tiempo —repuso Ulises—, pues hace ya veinte años que se fué de allá; sin embargo trataré de recordarlo. Llevaba Ulises un manto lanoso, purpúreo, con broche de oro de dos agujeros. En la parte inferior del manto estaba bordado un perro que tenía entre sus patas delanteras un cervatillo. Llevaba también en torno al cuerpo una espléndida túnica que semejaba sutil binza de cebolla y relucía como el sol. Acompañábale un heraldo

un poco más viejo que él, metido en hombros, de negrtez y rizado cabello, cuyo nombre era Euríbatés.

Así habló Ulises, y Penélope, reconociendo las señas que le daba, comenzó a llorar de nuevo. Luego le dijo:

—¡Oh, huésped! Aunque ya antes de ahora te tuve compasión, en adelante has de ser querido y venerado en esta casa, pues yo misma le entregué esas vestiduras que dices y les puse lustroso bronce para que le sirviera de ornamento. Mas ya no tornaré a recibirle, de vuelta a su hogar y su patria, pues con hado funesto partió en las naves hacia aquella Troya perniciosa y nefanda.

—Suspende el llanto —respondió Ulises— y presta atención a mis palabras, pues nada te ocultaré de cuanto sepa sobre el regreso de Ulises, el cual vive y está cerca. Sean testigos Júpiter y el irreprochable hogar de Ulises, al que he llegado, de que todo se cumplirá como lo digo: Ulises vendrá este año, al terminar el corriente mes y comenzar el próximo.

—¡Ojalá se cumpliese cuanto dices, oh forastero! —dijo Penélope—, aunque yo tengo el presentimiento de que Ulises no volverá a su casa. Y tan firme es este presentimiento que he llegado a vacilar entre dos partidos. Mientras Telémaco fué pequeño, no quiso que me casara y me fuera de esta mansión, mas ahora que ha llegado a la flor de la juventud comprende que por esa causa sus bienes son devorados por los Pretendientes. Y no sé si seguir viviendo con mi hijo oirme ya con el que sea el mejor de los aqueos que me pretenden. Pero antes he pensado someter a los Pretendientes a un cer-

tamen. Acostumbraba Ulises, cuando estaba en el palacio, a clavar en línea recta doce segures como si fueran puntales de un navío en construcción, y desde lejos hacía pasar una flecha por todos los anillos. Ahora he pensado someterlos a esa lucha y aquel que más fácilmente maneje el arco, lo arme y haga pasar una flecha por el ojo de las segures, será con quien yo me case.

—No difieras por más tiempo ese certamen —le respondió Ulises—, pues tu esposo ha de llegar antes de que ellos, manejando el arco, logren tirar de la cuerda y pasar la flecha a través de los anillos.

XVI

EL ULTIMO BANQUETE

A PENAS amanecía cuando Ulises, despierto ya, escuchó en el interior del palacio el llanto de Penélope, que lamentaba la ausencia del esposo. Levantando sus manos al cielo, Ulises oró así:

—¡Padre Júpiter!, si vosotros los dioses me habéis traído de buen grado después de enviarme multitud de infortunios, haz que diga algún presagio de los que en el interior despiertan y muéstrese en lo exterior otro de tus prodigios.

El pródigo Júpiter mandó en el acto un trueno desde el resplandeciente Olimpo que causó a Ulises profunda alegría. El presagio se lo dió una mujer que molía trigo cerca de él; ésta detuvo la muela y dijo así:

—Padre Júpiter, que imperas entre los dioses y los hombres: has enviado un trueno desde el cielo sin nubes; indudablemente es una señal que haces a alguien. Cumple también a esta mísera lo que te va a pedir: to-

men hoy los Pretendientes por última vez la agradable comida en el palacio de Ulises. Y ya que hicieron desfallecer mis rodillas con el penoso trabajo de fabricarles harina, sea también ésta la última vez que cenén.

En el palacio, las demás esclavas encendían el fuego, limpiaban las mesas con esponjas y repasaban las cráteras y las copas, preparando un nuevo banquete para los Pretendientes. Pronto llegó también Eumeo con tres cerdos, los dejó paciendo y se acercó a Ulises. Al mismo tiempo llegaba Filetio, el mayoral de los pastores, que traía una vaca y algunas cabras. Este último, dirigiéndose a Eumeo, le preguntó:

—Porquerizo, ¿quién es este forastero recién llegado a nuestra casa? ¡Infeliz! Parece por su cuerpo un rey; mas los dioses anegan en males a los hombres que han vagado mucho, cuando hasta a los reyes les destinan infortunios. — Luego, dirigiéndose a Ulises prosiguió: — ¡Salve, padre huésped! Sé dichoso en lo sucesivo ya que ahora te abruman tantos males. Desde que te vi se me arrasaron de lágrimas los ojos acordándome de Ulises, pues me figuro que él vaga también entre los hombres cubierto de harapos semejantes, si aún vive y goza de la luz del sol.

— ¡Boyero! — respondióle Ulises—. No me pareces ni vil ni insensato, y voy a decirte una cosa que afirmaré con solemne juramento: sea testigo Júpiter de que Ulises vendrá a su casa estando tú en ella, y podrás ver con tus ojos, si quieres, la matanza de los Pretendientes que hoy señorean en el palacio.

Y le respondió el boyero:

—¡Oh, huésped, ojalá el Cronida llevara a cumplimiento cuanto dices, pues no tardarías en conocer cuál es mi fuerza y de qué brazo dispongo!

En el ágora, los Pretendientes conversaban, maquinando la forma de matar a Telémaco, cuando de súbito apareció a la izquierda un águila altanera con una tímida paloma entre las garras. Entonces dijo Anfínomo:

—Amigos: este proyecto de matar a Telémaco no tendrá buen éxito para nosotros. Pensemos, pues, en el banquete.

Se dirigieron al palacio y se instalaron delante de las mesas. Telémaco, con astuta intención, hizo sentar a Ulises dentro de la casa, junto al umbral, donde le habían colocado una pobre mesa y una silla pequeña. Le sirvió él mismo, y le dijo en voz alta:

—Siéntate aquí, entre estos varones. Yo te libraré de las injurias y de las manos de todos los Pretendientes, pues esta casa es de Ulises, que la adquirió para mí. Y vosotros, oh Pretendientes, reprimid el ánimo y absteneos de las amenazas y los golpes, para evitar los altercados, pues me obligaríais a lo que no deseo.

Tales fueron sus palabras, y todos se mordieron los labios, admirados de que Telémaco les hablase con tanta audacia. Hallábase entre ellos un hombre de ánimo perverso, llamado Ctesipo. Este tal dijo entonces a los ensoberbecidos Pretendientes:

—Oíd, ilustres Pretendientes, lo que voy a decir. Rato ha que el forastero tiene su parte igual a la nuestra,

pues no fuera decoroso privar del festín a los huéspedes de Telémaco. Mas ea, yo también voy a ofrecerle el don de la hospitalidad.

Hablando así le tiró con fuerte mano una pata de buey que tomó de un canastillo. Ulises evitó el golpe inclinando ligeramente la cabeza y sonrió sardónicamente. La pata fué a dar contra el muro. Entonces Telémaco increpó a Ctesipo con estas palabras:

—¡Ctesipo! Mucho mejor ha sido para ti no acertar al forastero, pues de lo contrario te hubiera traspasado yo con mi lanza, y tu padre te hiciera funerales en vez de festejar tu casamiento. Por tanto, nadie se porte insolentemente dentro de la casa, que ya conozco muchas cosas buenas y malas, aunque antes fuera un niño. Y si soporto que sea despojada mi casa, insultados mis

huéspedes y ofendidas las esclavas, es por la dificultad de que uno solo refrene a muchos. Si deseáis matarme, como tenéis proyectado, hacedlo de una vez, pues prefiero eso a tener que soportar tanta vergüenza.

Entonces Teoclímeno, el augur, anunció a los Pretendientes lo que ocurriría.

—¡Ah, míseros! ¿Qué mal es ese que padecéis? Noche



Plutón

oscura os envuelve la cabeza; crecen los gemidos, báñanse en lágrimas las mejillas, y así los muros como los hermosos intercolumnios aparecen rociados de sangre. Llenan el vestíbulo y el patio las sombras de los que descienden al Hades tenebroso.

Riéronse a carcajadas burlándose de él los Pretendientes, y Teoclímeno abandonó con dignidad el palacio de Ulises.

XVII

EL CERTAMEN

LA discreta Penélope mandó colocar un sillón enfrente de los hombres y oía cuanto se hablaba en el salón. De pronto se levantó y se dirigió a la sala de armas, donde estaba guardado el arco, las flechas y las segures que el rey acostumbraba utilizar en sus juegos. Poco después reapareció en la sala llevando el arco y la aljaba llena de flechas. Detrás de ella iban dos esclavas con las segures. Se detuvo Penélope junto a la columna que sostenía el techo, y habló así:

—Oídmе, Pretendientes, vosotros que habéis caído sobre esta casa para comer y beber incesantemente durante la prolongada ausencia de mi esposo, sin otra excusa que la intención de casaros conmigo: os propongo un certamen. Pondré aquí el gran arco de Ulises y aquél que más fácilmente lo maneje, lo tienda, y haga

pasar una flecha por el ojo de las doce segures, ése será el que yo elija por marido.

Antínoo habló a los Pretendientes de este modo:

—Intentadlo levantándoos consecutivamente, compañeros, empezando por la derecha del lugar donde se escancia el vino. — Levantóse el primero Leodes, se encaminó al umbral y probó el arco, mas no pudo tenderlo. Entonces habló así a lo demás:

—Amigos, yo no puedo armarlo. Tómelo otro. Ahora cada cual espera en su alma que se le cumplirá el deseo de casarse con Penélope; mas tan pronto como pruebe el arco, ya puede dedicarse a pretender a otra.

Uno tras otro fueron luego probando el arco los Pretendientes sin lograr armarlo, a pesar de que lo calentaron y untaron con sebo para obligarlo a ceder. Y ya sólo faltaban por probarlo Eurímaco y Antínoo, que a todos superaban por sus fuerzas.

En ese instante salieron juntos de la casa el boyero y el porquerizo. Ulises los siguió, y cuando estuvieron a cubierto de oídos indiscretos, les habló así:

—Boyero, y tú, porquerizo: ¿os revelaré lo que pienso o lo mantendré oculto? ¿Qué haríais para ayudar a Ulises si llegara de súbito porque alguna deidad nos lo trajese? ¿Os pondríais de parte de los Pretendientes o del propio Ulises? Contestad como vuestro corazón y vuestro ánimo os lo indiquen.

—¡Padre Júpiter! — respondió el boyero. — Ojalá me cumplas este voto: que vuelva aquel varón traído por

alguna deidad. Tú verías entonces cuál es mi fuerza y de qué ánimo dispongo.

Eumeo suplicó asimismo a los dioses que regresara Ulises. Cuando el héroe conoció el verdadero modo de pensar de sus dos servidores, les habló así:

—Pues aquí le tenéis, soy yo, que después de pasar grandes trabajos he regresado a la patria. Conozco que entre mis esclavos tan solamente vosotros deseabais mi vuelta, pues no he oído que ningún otro hiciera votos por mi regreso. Os voy a revelar, pues, lo que ha de llevarse a efecto. Si llegaran a sucumbir a mis manos los Pretendientes, os buscaré esposa, os daré bienes y a cada uno una casa junto a la mía. Y ahora os mostraré una señal para que me conozcáis y se convenza vuestro ánimo: la cicatriz de la herida que me infirió un jabalí con sus colmillos cuando fuí al Parnaso con los hijos de Autólico.

Así dijo, y apartó sus harapos para mostrarles la cicatriz. Cuando ambos sirvientes la vieron, rompieron en llanto y se abrazaron a su señor besándole la cabeza y los hombros. Ulises los acarició también y luego les dijo:

—Bien, tened ahora sabida una señal que os quiero dar y es la siguiente: Los Pretendientes no han de permitir que se me dé el arco y el carcaj cuando los pida; pero tú, Eumeo, pónmelos en las manos y di a las mujeres que cierren las puertas de las estancias y que si oyeren estrépito de lucha en la sala sigan prestando atención a sus labores. A ti, Fitelio, te confío las puer-

tas del patio para que las cierras corriendo el cerrojo. Y ahora vamos, no sea que alguno salga y nos sorprenda conversando.

Así dijo, y penetrando en el palacio fué a sentarse en el lugar donde antes estaba. Ya Eurímaco manejaba el arco, dándole vueltas y calentándole al resplandor del fuego, pero ni aun así consiguió armarlo.

Por indicación de Antínoo resolvieron los Pretendientes abandonar la prueba hasta el día siguiente, en que, luego de ofrecer a Apolo una hecatombe de cabras, volverían a intentar armar el arco de Ulises. Pero no bien habían hecho las libaciones, Ulises les habló de este modo:

—Oídme, Pretendientes de la ilustre reina. Permittedme un instante el pulido arco y probaré con vosotros mis brazos y mi fuerza.

Así dijo, y todos sintieron gran indignación temiendo que consiguiera armar el arco. Antínoo le increpó, diciendo así:

—¡Oh, el más miserable de los huéspedes! Tú no tienes ni sombra de juicio. ¿No te basta estar sentado en el festín con nosotros los ilustres? Sin duda te ha trastornado el vino que has bebido desmedidamente.

—¡Antínoo! — dijo entonces la discreta Penélope; — no es decoroso ni justo que se ultraje a los huéspedes de Telémaco, sean cuales fueren. ¿Green por ventura que si el huésped llegara a tender el arco de Ulises osaría pretender casarse conmigo? Ni él lo ha pensado ni vosotros podéis suponerlo razonablemente. Dad-

le, pues, el arco y veamos — prosiguió Penélope. — Lo que voy a decir se cumplirá: si tendiera el arco por concederle Apolo tal gloria, le daré un manto y una túnica, un dardo para que se defienda de los hombres y los perros, una espada de doble filo y sandalias para los pies.

—Madre mía — dijo a este punto Telémaco. — Ninguno de los aqueos tiene poder superior al mío para dar o rehusar el arco a quien me plazca. Por consiguiente nadie podría oponerse a que se lo diera a mi huésped aunque fuera para que se lo llevase. Vuelve, pues, a tu habitación y ocúpate en las labores que te son propias, que del arco nos cuidaremos los hombres, especialmente yo que soy quien manda en esta casa.

Asombrada se fué Penélope a su habitación al escuchar las discretas palabras de su hijo. Entretanto, el porquerizo tomó el arco para llevárselo al huésped, mas todos los Pretendientes comenzaron a increparlo. Acobardado quiso entonces volver a dejarlo en su sitio, pero Telémaco le gritó:

—Abuelo, sigue adelante con el arco si no quieres que te eche al campo y te hiera a pedradas. Ojalá pudiera hacer lo mismo con todos los Pretendientes para castigar sus malvadas acciones.

Rieron mofándose de él los Pretendientes, y el porquerizo atravesó la sala poniendo el arco en manos de Ulises. Luego se dirigió adonde estaba el ama Euriclea y le dijo:

—Telémaco te manda, prudente Euriclea, que cie-

rres las puertas de las estancias, y que si desde adentro oyen estrépito de armas sigan todas las esclavas entregadas a su labor.

Por su parte, Fitelio, el boyero, salió de la casa y fué a cerrar las puertas del patio. Luego volvió al lugar que ocupaba, clavando los ojos en su amo. Ulises, con el arco en sus manos, le daba vueltas para probar que la carcoma no lo había roído durante su ausencia.

Uno de los Pretendientes dijo entonces mofándose:

—Debe ser experto y ágil en manejar arcos, o quizá haya en su casa otros semejantes: de tal modo le da vueltas en sus manos ese vagabundo instruído en malas artes.

—Así alcance tanto provecho como en su vida logrará armar el arco — dijo otro.

De tal modo hablaban los Pretendientes. Mas Ulises, tan luego como hubo tentado y examinado el gran arco por todas sus partes, a la manera de un hábil citarista que estira una cuerda con la clavija, lo armó sin esfuerzo alguno. Probó luego la cuerda asiéndola con la diestra, y dejóse oír un agudo sonido, semejante a la voz de una golondrina. Los Pretendientes sintieron gran pesar y a todos se les mudó el color. Tomó luego el héroe una flecha que estaba encima de la mesa, y acomodándola al arco tiró a la vez de la cuerda y de las barbas, sin levantarse de la silla donde estaba sentado; despidió la saeta y atravesó todas las segures, desde la primera hasta la última. Después de su hazaña, Ulises dijo a Telémaco:

—Telémaco: no te afrenta el huésped que está en tu palacio. Ni erré al blanco, ni me costó gran fatiga armar el arco. Mis fuerzas están íntegras todavía.

Así dijo, e hizo una señal con las cejas. Telémaco ciñó la aguda espada, tomó su lanza y, armado de reluciente bronce, se puso al lado de la silla, junto a su padre.

XVIII

EL CASTIGO DE LOS PRETENDIENTES

AL instante se despojó Ulises de sus harapos, saltó al umbral con el arco y la aljaba repleta de flechas, y derramándolas delante de sus pies habló así a los Pretendientes:

—Ya este certamen fatigoso está terminado. Ahora apuntaré a otro blanco y he de ver si Apolo me ayuda a que lo acierte.

Así dijo y enderezó la flecha contra Antínoo, acertándole en la garganta.

Al verle caído, los Pretendientes se alzaron en tumulto y uno de ellos gritó así:

—¡Forastero! Has quitado la vida al varón más señalado entre los jóvenes de Itaca. Prepárate, pues, a recibir la muerte y a que te coman los buitres aquí mismo.

Encarándoles la torva faz, les dijo entonces Ulises:

—¡Ah, perros! No creáis que volviese del pueblo

troyano a mi morada y me arruinabais la casa, insultabais a las mujeres y, estando yo vivo, cortejabais a mi esposa, sin temer a los dioses ni recelar mi venganza. Pero ya pende la ruina sobre todos vosotros.

Los que allí estaban se sintieron poseídos por el terror y buscaban por donde escapar. Eurímaco fué el único que le contestó, diciendo:

—Si eres en verdad Ulises, que has vuelto, te asiste la razón al hablar de ese modo de cuanto hacían los aqueos, pues se han cometido muchas iniquidades en tu casa. Pero yace por tierra quien fué culpable de todas estas cosas: Antínoo, que aspiraba a reinar sobre Itaca, matando a tu hijo. Perdona, pues, a tus conciudadanos, que nosotros, para aplacarte públicamente, te daremos bronce y oro en la cantidad que desees, para resarcirte de lo que has perdido.

Mirándole con torva faz le respondió Ulises:

—¡Eurímaco! Aunque todos me dierais vuestro patrimonio, ni aún así se abstendrían mis manos de castigar a todos los Pretendientes. Ahora se os ofrece la ocasión de combatir conmigo.

Eurímaco, dirigiéndose a los otros, dijo así:

—¡Amigos!; no habrá forma de aplacar a este hombre, que gastará sus flechas en nosotros. Pensemos, pues, en combatir. Sacad las espadas, poned las mesas por reparo a las flechas y acometámosle juntos por si logramos apartarle del umbral y salir a la ciudad a alborotar al pueblo contra él.

Así diciendo, desenvainó la espada y arremetió con-

tra Ulises gritando de modo terrible. Pero en el mismo instante le disparó Ulises una flecha acertándole en el pecho sobre el corazón. Junto con él se había abalanzado Anfínomo contra Ulises, pero Telémaco le contuvo tirándole la lanza, que lo pasó de parte a parte. Luego fué corriendo hacia el interior de la casa y volvió con varias lanzas, escudos, espadas y armaduras que repartió entre su padre, el porquerizo y el boyero. Entretanto Ulises había mantenido a raya a los Pretendientes, hiriéndolos sin interrupción con las flechas. Cuando éstas se le terminaron, se echó sobre el hombro un escudo de cuatro pieles, cubrió su robusta cabeza con un yelmo y asió dos fuertes lanzas de punta de bronce.

Muchos de los Pretendientes habían muerto ya bajo las flechas de Ulises, pero muchos eran también los que allí quedaban dispuestos a luchar para salvar sus vidas. Hallábanse entre éstos Agelao, Eurímono, Anfi-medonte, Democtolemo, Pisando y el valeroso Pólipo, que eran los más señalados por su bravura entre los que sobrevivían. Agelao les habló de este modo:

—Amigos, no tiréis las picas todos a una. Tírenla primero estos seis, por si Júpiter nos concede matar a Ulises, que ningún cuidado nos darán los otros si él cayese.

Arrojaron sus lanzas con gran ímpetu aquellos a quienes se lo ordenara, pero Minerva, que desde una viga del techo contemplaba la escena transfigurada en golondrina, hizo que todos los tiros resultaran vanos.

—¡Amigos! — gritó entonces Ulises dirigiéndose a los suyos; — tiremos ahora nuestras lanzas contra la turba de los Pretendientes que desean acabar con nosotros después de habernos causado tantos males.

Y todos a una arrojaron sus lanzas dejando a cuatro adversarios fuera de combate. Por dos veces se repitió la escena, y nuevamente Minerva desvió las lanzas de los Pretendientes, cuatro de los cuales cayeron bajo las de Ulises y sus compañeros. En ese instante la diosa desde lo alto del techo levantó su égida y los Pretendientes que restaban con vida se sintieron espantados. Huían por la sala como las aves perseguidas por los buitres, mientras Ulises y los suyos corrían detrás de ellos hiriéndolos sin cesar con sus picas y sus espadas de cortante bronce.

Poco tardaron en perecer los que aún restaban con vida. Se libró de la muerte, en cambio, el aedo Femio Térpiada, el cual, obligado por la necesidad, cantaba para los Pretendientes. Hallábase de pie junto al postigo con la cítara en la mano, y dejándola caer al suelo corrió hacia Ulises, le abrazó por las rodillas y comenzó a suplicarle así, con los ojos llorosos:

—Te lo ruego abrazado a tus rodillas, Ulises: respétame y apiádate de mí. A ti mismo te pesaría luego haber dado muerte a un aedo como yo, que canto a los dioses y los hombres. Telémaco, tu caro hijo, te podrá decir que no entraba yo en esta casa de propio impulso, sino que los Pretendientes me forzaron a que viniera.

Telémaco entonces dijo a su padre:

—Padre, no hieras con el bronce a ese inocente. Y perdona también al heraldo Medonte, que siempre me cuidaba en esta casa mientras fui niño, si es que ya no ha perecido.

Medonte, que se hallaba acurrucado debajo de una silla tapándose con un cuero de buey, corrió en seguida hacia Telémaco abrazándose a sus rodillas y diciéndole:

—¡Amigol, éste soy yo. Pídele a tu padre que no me mate, irritado como está contra los Pretendientes que dilapidaban tus bienes y no sabían honrarte como yo lo hice.

—Tranquilízate — le dijo Ulises sonriendo; — él te salvó y libró de mi cólera, para que conozcas en tu ánimo y digas a los demás cuánta ventaja llevan las buenas acciones sobre las malas. ¡Telémacol — dijo luego, — haz venir en seguida al ama Euriclea.

Telémaco obedeció a su padre, y un momento después Euriclea penetraba en la sala. Cuando vió los cuerpos de los Pretendientes confundidos en el suelo unos sobre los otros, no pudo la anciana contener una exclamación de alegría viendo castigados así a los que por tantos años la habían hecho sufrir. Ulises la reprendió diciendo:

—¡Anciana!, regocíjate en tu espíritu, pero contente y no profieras exclamaciones de alegría, que no es piadoso alborozarse por la muerte de estos varones. Los hicieron sucumbir la ira de los dioses y sus obras perversas. De ahí que con sus iniquidades se hayan atraído

una deplorable muerte. Pero atiéndeme ahora: haz trasladar con las esclavas estos cuerpos fuera de la sala y que limpien de inmediato el piso, los muebles y los muros. Luego trae fuego y azufre (medicina contra lo malo), para azufrar la casa. Y mandarás a Penélope que venga acá con sus criadas y las esclavas del palacio.

—Sí, hijo, es muy oportuno lo que acabas de decir — respondió Euriclea. — Pero voy a traerte un manto y una túnica para que te vistas y no permanezcas en el palacio cubierto de harapos.

Y le contestó Ulises:

—Ante todo enciéndase fuego en esta sala.

Salió Euriclea y volvió al momento con fuego y azufre. Poco después, mientras Ulises se ocupaba en azufrar la sala y el patio, salieron del palacio las esclavas con hachas encendidas y rodearon al héroe llorando y abrazándole.

XIX

ENCUENTRO DE LOS ESPOSOS

LENA de alegría se internó la anciana en la estancia superior, para dar a su ama la buena nueva de la vuelta del esposo. Hallábase ésta durmiendo, y Euriclea se inclinó sobre su cabeza diciéndole:

—Despierta, Penélope, hija querida, para ver al que anhelabas todos los días. Ya volvió Ulises y mató a los Pretendientes que contristaban el palacio y tramaban la muerte de tu hijo.

Despertando, respondióle Penélope:

—¡Ama querida! Los dioses te han trastornado el juicio. ¿Por qué haces burla de mí que padezco multitud de pesares, refiriéndome embustes? Pero vuelve, vete a tu sitio, que si alguna otra de las mujeres, no siendo tú, viniera con tal noticia a despertarme, la castigara de vergonzosa manera.

—No me burlo, hija querida — le respondió Euri-

clea; — es verdad que vino Ulises. Era aquel huésped a quien todos insultaban en el palacio. Tiempo ha sabía Telémaco que se encontraba aquí, mas con prudencia ocultó los propósitos de su padre, para que pudiese castigar las violencias de aquellos infames.

Así habló la anciana. Alegróse Penélope y, saltando de la cama, abrazó a Euriclea derramando lágrimas. Luego le dijo:

—Vamos, ama querida, cuéntame la verdad. Dime de qué manera logró poner las manos en los desvergonzados Pretendientes siendo él solo contra tantos hombres armados.

—No lo he visto, no lo sé — respondió el ama. — Cuando Ulises me hizo llamar por Telémaco, estaba él en pie entre los cuerpos tendidos en el suelo. Sígueme, pues, para que ambos llenéis vuestro corazón de contento, ya que padecisteis tantos males. Por fin se cumplió aquel gran deseo: Ulises tornó vivo a su hogar, hallándoos a ti y a tu hijo, y ha castigado en el Palacio a los Pretendientes que lo ultrajaban.

Pero de nuevo dijo Penélope dudando:

—Ama querida. Difícil es conocer los designios de los sempiternos dioses. Quizá es alguno de ellos quien ha dado muerte a los Pretendientes, indignado por sus injurias y malvadas acciones. Pero para Ulises la esperanza de volver murió lejos de Itaca y seguramente también él ha muerto. Mas ea, vamos adonde está mi hijo para que yo vea quién fué el que dió muerte a los Pretendientes.

Bajaron a la sala y Penélope, dudosa siempre, fué a sentarse frente a Ulises en la pared opuesta, mirándolo fijamente. A veces le parecía de verdad su esposo, pero otras no lo reconocía a causa de sus miserables vestiduras.

Al ver la vacilación de su madre, Telémaco la increpó en estos términos:

—¡Madre mía! ¿Por qué estás tan apartada de mi padre en vez de correr a su lado? Ninguna mujer se quedaría así, con el ánimo firme, lejos de su esposo, cuando éste regresa después de veinte años de ausencia y de padecer tantos males.

—¡Hijo mío! — respondió la reina; — estupefacto está mi ánimo en el pecho, y ni siquiera podría mirarlo frente a frente. Pero si verdaderamente es Ulises el que vuelve a su casa, ya nos reconoceremos mejor, pues hay señas para nosotros que los demás ignoran.

—Telémaco — dijo entonces Ulises, — deja a tu madre que me someta a las pruebas que quiera. Como estoy sucio y llevo miserables vestiduras, le cuesta reconocerme. Deliberemos ahora para que todo se haga de la mejor manera. Pues si quien mata a un hombre del pueblo tiene tras de sí muchos vengadores, ¿qué haremos nosotros, que hemos dado muerte a los más eximios jóvenes de Itaca? Comencemos, pues, por lavarnos, ordena que se vistan las esclavas y que el aedo pulse su cítara, para que, oyéndonos desde afuera, piensen que hay fiesta en el palacio y no extrañen la ausencia de los Pretendientes.

Dicho esto, Ulises pasó al baño; lavó y ungió su cuerpo con aceite y vistió un lujoso manto y una túnica. Minerva hizo que pareciera más alto y más grueso y difundió la gracia por la cabeza y los hombros del héroe. Cuando terminó de acicalarse, regresó junto a Penélope y le dijo:

—¡Desdichada! ¿Qué mujer se quedaría así, con el ánimo firme, alejada de su marido, cuando él regresa a su casa después de veinte años y de pasar tantos males? Pero ve, nodriza — agregó dirigiéndose a Euriclea, — y aparéjame la cama para que pueda acostarme, pues ella tiene en el pecho un corazón de hierro.

—¡Infortunado! — respondió Penélope. — Ni me tengo en poco ni me admiro en demasía, pues sé muy bien cómo eras cuando partiste de Itaca. Ve, Euriclea, hazle trasladar la cama a su habitación, y aderézale el lecho con pieles y colchas espléndidas.

—¡Oh, mujer! ¿Quién ha trasladado mi lecho? — replicó Ulises. — Difícil le fuera hasta al más hábil, sin el auxilio de un dios, cambiarlo de sitio, pues hay una señal en ese lecho que labré yo mismo. Creció dentro del patio un olivo que tenía el grosor de una columna. En torno de él levanté las paredes de mi cámara, le puse el techo y la cerré con puertas sólidas firmemente ajustadas. Después corté el ramaje del olivo, pulí con el bronce su tronco desde la raíz, lo enderecé por medio de un nivel para hacerlo pie de cama, y luego fuí construyendo ésta y pulimentándola hasta terminarla y la adorné con oro, plata y marfil. Esta es la se-

ñal de que te hablaba; pero ignoro si mi lecho sigue como lo dejé o lo han trasladado a otro sitio cortando el olivo por el pie.

Al oír estas palabras, Penélope sintió desfallecer sus rodillas y turbarse su corazón, al reconocer las señales que Ulises describía con tal certidumbre. Al punto corrió hacia él derramando lágrimas, le echó los brazos alrededor del cuello y le dijo:

—No te enojés conmigo, Ulises, no te enfades ni te irrites si no te abracé como ahora tan luego como estuve en mi presencia, pues mi ánimo temía horrorizado que viniese algún hombre a engañarme con sus palabras, pues son muchos los que traman diversas astucias. Ahora, como acabas de referirme las señales evidentes de aquel lecho que sólo tú y yo hemos visto, has logrado traer el convencimiento a mi espíritu.

Diciendo esto comenzó a llorar, y Ulises lloraba también abrazado a su esposa. Se contaron entonces mutuamente los sufrimientos padecidos durante los veinte años de dolorosa separación. Pero Ulises habló así:

—¡Mujer!, los dos hemos sufrido muchos trabajos; tú aquí, llorando por mi vuelta, y yo padeciendo los infortunios que me enviaron Júpiter y los demás dioses. Mas ya que nos hemos reunido nuevamente, tú cuidarás de mis bienes en el palacio, y yo me iré al campo, a casa de mi padre, que tan afligido se halla por mi ausencia. Oye ahora lo que te recomiendo: como con la luz del sol se divulgará la noticia de que maté en el palacio a los Pretendientes, ocúltate en las

habitaciones altas sin mirar a nadie ni preguntar cosa alguna.

Así diciendo cubrió sus hombros con magnífica armadura y, haciendo levantar a Telémaco, al boyero y al porquerizo, les mandó que tomasen las armas. Se armaron todos, abrieron la puerta y salieron de la casa. Y a la luz que comenzaba a esparcirse sobre la tierra se alejaron de la ciudad.



Océano y ninfas marinas

XX

EN LA MORADA DE PLUTON

COMO los murciélagos revolotean chillando en lo más hondo de una vasta gruta, las almas de los Pretendientes giraban en torno de Mercurio, que las conducía hacia la morada de Plutón.

Encontrábanse allí las sombras de Aquiles, hijo de Peleo; de Patroclo, de Antíloco y de Ajax, departiendo con la del Atrida Agamenón. Y decía éste, dirigiéndose a la de Aquiles:

—Afortunado tú, oh hijo de Peleo, Aquiles, semejante a los dioses, que expiraste en Troya y a tu alrededor murieron, defendiéndote, otros valentísimos aqueos. Los griegos, acercándose, vertían ardientes lágrimas y se cortaban las cabelleras. También vino tu madre, que salió del mar con las inmortales diosas ma-

rinas. Se levantó en el mar un clamoreo inmenso y tal temblor les entró a todos los aqueos, que se lanzaran a las naves si no los detuviera Néstor, el anciano sabio, que les habló diciendo: "Deteneos, no huyáis, varones aqueos. Esta es la madre, que viene del mar, con las inmortales diosas marinas, a ver a su hijo muerto". Rodeáronte las hijas del anciano del mar y te pusieron divinales vestidos. Durante diecisiete días con sus noches te lloramos, y al dieciocho te entregamos a las llamas, cubierto tu cuerpo con divinales vestiduras de dios y gran cantidad de ungüento y miel. Al día siguiente recogimos tus huesos y los depositamos en una ánfora de oro que nos entregó tu madre y era obra del ínclito Vulcano. En torno de tus restos el ejército aqueo erigió un túmulo a orillas del Helesponto, para que pudieran verlo los hombres que ahora viven y los que nazcan en el futuro. Así, pues, ni muriendo has perdido tu nombradía, tu gloriosa fama, oh Aquiles, pues subsistirá perpetuamente entre todos los hombres.

Mientras de tal modo conversaban, presentóseles el mensajero Mercurio, guiando las almas de los Pretendientes a quienes Ulises matara. El alma de Agamenón reconoció al hijo de Menelao, Anfimedonte, y comenzó a hablarle de esta manera:

—¡Anfimedontel, ¿qué os ha ocurrido que penetráis todos juntos en la oscura tierra tantos y tan selectos varones? ¿Acaso Neptuno os mató en vuestras naves, desencadenando sobre ellas el soplo de terribles vientos?

Y respondió el alma de Anímedonte:

—¡Atrida gloriosísimo! Te contaré de qué triste modo ocurrió que llegáramos al término de nuestra vida: Pretendíamos a la esposa de Ulises, ausente a la sazón desde largo tiempo, y ni rechazaba las odiosas nupcias ni quería celebrarlas. Se puso entonces a tejer en el palacio una gran tela sutil e interminable, diciéndonos que la hacía para que no faltara sudario al anciano padre de Ulises en el momento de la muerte. Desde aquel instante pasaba el día labrando la gran tela y por la noche deshacía lo tejido. De esta suerte logró ocultar el engaño y sus palabras fueron creídas por los aqueos durante un trienio. Pero descubierta por una de sus esclavas se vió forzada a terminarla. Fué entonces cuando alguna funesta deidad trajo a Ulises de alguna parte de los confines del campo donde el porquerizo tiene su morada. Allí fué también Telémaco cuando volvió de Pilos con su nave, y concertándose para dar muerte a los Pretendientes vinieron a la ciudad. Ulises, con sus pobres harapos, parecía un viejo y miserable mendigo. Ninguno de nosotros pudo reconocerlo, ni aun los más viejos, cuando se presentó de súbito, y lo maltratábamos, dirigiéndole injuriosas palabras y dándole golpes. Con ánimo paciente sufrió Ulises que en su propio palacio se le insultara y golpeará; mas apenas le incitó Júpiter, comenzó por quitar de las paredes las magníficas armas que depositó en su habitación, corriendo los cerrojos. Luego, con refinada astucia, aconsejó a su esposa que sacara su arco, sus

flechas y los hierros que utilizaba para sus juegos y nos sometiera a un certamen que fué el comienzo de nuestra matanza. Ninguno logró tender la cuerda del recio arco, pues nos faltaba mucha parte del vigor que para ello se requería. Cuando el gran arco iba a llegar a las manos de Ulises, todos increpábamos al porque-rizo, para que no se lo diese por más que lo solicitara, pero Telémaco mandó que se lo entregase. Ulises lo tomó en sus manos, lo tendió con suma facilidad, e hizo pasar la flecha a través de todos los hierros. Inmediatamente se fué al umbral, derramó por el suelo las veloces flechas echando terribles miradas y mató al rey Antínoo. Pero en seguida comenzó a disparar contra los demás apuntando a sus frentes, y caían unos en pos de los otros. Era evidente que alguno de los dio-



Mercurio conduciendo las almas al reino de Plutón

ses le ayudaba, pues pronto, dejándose llevar de su furor, él, Telémaco, el porquerizo y el boyero comenzaron a matar a diestra y siniestra por la sala. Así hemos perecido, Agamenón, y los cadáveres yacen abandonados en el palacio de Ulises.

Y contestóle el alma del Atrida:

—¡Feliz hijo de Laertes!, ¡Ulises fecundo en recursos! Tú acertaste a poseer una esposa virtuosísima. Como la irreprochable Penélope ha tenido tan excelentes sentimientos y ha guardado una buena memoria de Ulises, jamás se perderá la gloriosa fama de su virtud, y los inmortales inspirarán a los hombres de la tierra graciosos cantos en loor de la discreta Penélope.

Así conversaban en la morada de Plutón, dentro de las profundidades de la tierra.

XXI

EN CASA DE LAERTES

MIENTRAS tanto, Ulises y los suyos, bajando de la ciudad, llegaron muy pronto al hermoso predio de Laertes. Allí estaba la casa del anciano, con un cobertizo a su alrededor, adonde sus siervos iban a comer y dormir.

Al llegar a la puerta del predio, Ulises dijo a los suyos:

—Entrad vosotros y sacrificad al mejor cerdo para el almuerzo, y yo iré a probar si mi padre me reconoce al verme ante sus ojos o no distingue quién soy después de tanto tiempo.

Entregó las armas a los sirvientes que se acercaron y se encaminó al huerto donde estaba el anciano. Lo halló solo, aporcando una planta. Vestía una túnica sucia, remendada y miserable, y llevaba atadas a las piernas unas polainas de vaqueta cosidas para reparo contra las zarzas. Cuando Ulises le contempló así, abrumado por la vejez y con tal grande dolor en su espíri-

tu, se detuvo al pie de un peral y se le saltaron las lágrimas. Repuesto al punto, se acercó a su padre, que estaba inclinado cavando en torno de una planta, y le habló así:

—¡Oh, anciano!, no te falta pericia para cultivar un huerto, pues se advierte que éste está muy bien cuidado. Otra cosa te diré, mas no por ella recibas enojo en tu corazón: no tienes tan buen cuidado de ti mismo, pues no sólo te agobia la triste vejez, sino que estás sucio y mal vestido. No será sin duda a causa de tu ociosidad que tu señor te tenga en semejante desamparo. Pero dime, ¿de quién eres siervo? ¿De quién es el huerto que cultivas? Te pregunto esto porque he llegado a Itaca en busca de un varón a quien hospedé en mi patria hace ya tiempo. Preciábase de ser natural de Itaca y decía que Laertes era su padre. Jamás mortal alguno de los que llegaron a mi casa de lejanas tierras me resultó más grato.

Y respondió el anciano con los ojos llenos de lágrimas:

—¡Forastero!; estás ciertamente en la tierra de que hablas, pero la tienen dominada unos hombres insolentes y malvados. Si hallaras vivo a Ulises en Itaca, no te despidiera sin corresponder dignamente a la hospitalidad que le prestaste. Mas ea, dime ¿cuántos años hace que acogiste a mi hijo infortunado? ¿Quién eres y de qué país procedes?

Y respondióle Ulises:

—De todo voy a informarte circunstanciadamente: nací en Alibante, donde tengo una magnífica morada,

y soy hijo del rey Afidante Polipemónida; mi nombre es Espérito. Algún dios me ha apartado de mi ruta para traerme a pesar mío, y tengo mi nave cerca del campo, antes de llegar a la población. Hace ya cinco años que Ulises se fué de allá y dejó mi patria. ¡Infeliz! Aves propicias volaron a su derecha cuando partió y, al notarlo, le despedí alegre y se alejó contento.

Tales fueron sus palabras, y negra nube de tristeza envolvió a Laertes, que comenzó a sollozar cubriéndose la cabeza con ceniza. Conmoviósele entonces el corazón a Ulises y dando un salto le abrazó besándolo y le dijo:

—Yo soy, oh padre, ese mismo por quien preguntas; que torno en el vigésimo año a la patria tierra. Pero cesen tus sollozos y tus lágrimas. Sabe, ya que el tiempo nos apremia, que he muerto a los Pretendientes en nuestra casa vengando así sus dolorosas injurias y sus malas acciones.

Laertes le contestó:

—Pues si eres mi hijo Ulises que ha vuelto, muéstrame alguna señal evidente para que lo crea.

—Primeramente — respondió Ulises — vean tus ojos la cicatriz de la herida que en el Parnaso me infirió un jabalí con sus colmillos, cuando tú y mi venerada madre me enviasteis a Autólico, mi abuelo paterno, a recibir los dones que me había prometido. Y si lo deseas, te enumeraré los árboles que me regalaste en este huerto; pues yo, que era niño, te seguía y te los iba pidiendo uno tras otro. Al pasar junto a ellos, tú me los mostrabas y me decías sus nombres. Fueron trece perales,

diez manzanos y cuarenta higueras. Y me ofreciste también cincuenta liños de cepas, cada uno de los cuales daba fruto en distinta época, como que hay aquí racimos de uvas de todas clases.

Así dijo, y Laertes sintió desfallecer sus rodillas reconociendo las señas. Echó los brazos sobre su hijo y éste lo recibió en los suyos. Así permanecieron un instante. Cuando Laertes logró vencer su emoción dijo así:

—¡Padre Júpiter! Vosotros, los dioses, permanecéis aún en el Olimpo, si es verdad que los Pretendientes recibieron el castigo de su temeraria insolencia. Mas ahora teme mucho mi corazón que se reúnan y vengan muy pronto los itacenses a vengarlos.

—Cobra ánimo y no te preocupes por eso — le respondió Ulises. — Pero vamos a la casa, que allí mandé a Telémaco, al boyero y al porquerizo para que nos aparejen la comida.

Se retiraron hacia la casa, Laertes se lavó y ungió con aceite y apareció luego a los ojos de Ulises vistiendo un hermoso manto, y más alto y más grueso, pues Minerva rejuveneció sus miembros. En el momento de sentarse a la mesa llegaron de trabajar en la huerta un viejo esclavo de Laertes, Dolio, y sus seis hijos. Tan pronto vieron a Ulises y le reconocieron paráronse atónitos dentro de la sala. Dolio fué derechamente a él, le tomó la mano y se la besó y le rogó que le contara los detalles de su regreso. Sentados a la mesa, mientras almorzaban, Ulises satisfizo los deseos del anciano, narrando sus aventuras.

XXII

EL COMBATE INTERRUMPIDO

MIENTRAS éstos comían en casa de Laertes, la Fama fué anunciando rápidamente por la ciudad la muerte de los Pretendientes, y todos los vecinos de la ciudad acudían al palacio de Ulises, profiriendo voces y gemidos. Sacaron a los muertos y, después de enterrar cada uno a los suyos y de entregar los de otras ciudades a los pescadores para que los llevasen en sus barcos, encamináronse al ágora a deliberar. Cuando todos estuvieron congregados, levantóse Eupites, padre de uno de los Pretendientes muertos, Antínoo, y los arengó diciendo:

—¡Oh amigos! Grande fué la obra que ese varón maquinó contra los aqueos. Llevóse a muchos y valientes hombres en sus naves y perdió las naves y los hombres. Y al volver ha muerto a los más señalados entre los jóvenes de estos países. Mas ea, marchemos a su encuentro antes de que se nos escape, para que no nos

veamos eternamente avergonzados. Afrentoso será que lleguen a enterarse de estas cosas los venideros. ¡Adelante, pues!

Así dijo, enardeciendo a los aqueos. Mas en aquel punto se presentaron Medonte y el aedo, que al despertar habían salido de la morada de Ulises; pusiéronse en medio, y el discreto Medonte les habló así:

—Oídme ahora a mí, itacenses, pues no sin la voluntad de los inmortales dioses ha realizado Ulises tal hazaña. Yo mismo vi a un dios inmortal que se hallaba cerca de él y que era en un todo semejante a Mentor. Este dios a veces aparecía delante de Ulises, a quien animaba, y otras, corriendo enfurecido por el palacio, introducía la confusión entre los Pretendientes, que caían unos en pos de los otros.

Así habló y todos se sintieron poseídos del pálido temor. Entonces habló el anciano héroe Haliterses, el único que conocía lo pasado y lo venidero, y les arengó con benevolencia diciendo:

—Oíd ahora, itacenses. Por vuestra culpable debilidad ocurrieron tales cosas, pues nunca os dejasteis persuadir ni por mí ni por Mentor, pastor de hombres, cuando os exhortábamos a poner término a las locuras de vuestros hijos. Y ellos, con su pernicioso orgullo, cometieron gran falta devorando los bienes y ultrajando a la mujer del eximio rey que ya se figuraron que no volvería. No vayáis, pues, no sea que alguno de vosotros halle el mal que se habrá buscado.

Al oírle, se levantaron todos con gran clamoreo.

La mitad permaneció allí; la otra mitad, capitaneada por Eupites, se dirigió corriendo en busca de las armas. Apenas se hubieron vestido de luciente bronce, juntáronse en compacto escuadrón fuera de la ciudad y Eupites asumió el mando de las fuerzas.

Mientras tanto, en el Olimpo, Minerva dijo a Júpiter, su padre:

—¡Padre nuestro, Cronida! ¿Cuál es el propósito que interiormente has formado? ¿Llevarás a cabo el funesto combate o pondrás amistad entre unos y otros?

Y le respondió Júpiter:

—Hija mía, ¿por qué me preguntas tales cosas? ¿No formaste tú misma el proyecto de que al regresar a su patria Ulises se vengara de los Pretendientes? Haz ahora cuanto te plazca, mas yo te diré lo que es más oportuno. Puesto que Ulises se ha vengado de los Pretendientes, inmólese víctimas y préstense juramentos de mutua fidelidad. Tenga aquél siempre su reinado en Itaca; hagamos que se olvide la matanza; ámense los unos a los otros como antes y haya paz y riqueza en abundancia.

Con tales palabras la instigó a hacer lo que ella deseaba, y Minerva bajó presurosa de las cumbres del Olimpo.

Cuando los de la casa de Laertes hubieron satisfecho su apetito, Ulises rompió el silencio para decirles:

—Salga alguno a mirar, no sea que ya se encuentren cerca los que vienen.

Uno de los hijos de Dolio se acercó al camino, y al

ver el escuadrón de gente armada que se aproximaba, gritó desde lejos:

—¡Ya vienen, armémonos cuanto antes!

Levantáronse los que estaban a la mesa y corrieron a colocarse sus respectivas armaduras. Formaban una docena entre Ulises y los suyos, los seis hijos de Dolio y, aunque se encontraban viejos, este último y Laertes también empuñaron las armas. Cubiertos todos de luciente bronce, abrieron la puerta y salieron de la casa precedidos por Ulises.

En aquel instante se les acercó Minerva, que había tomado la figura y la voz de Mentor. Ulises se alegró de verla, y al punto dijo a Telémaco:

—Telémaco, ahora que vas a la pelea, procura no deshonorar el linaje de tus mayores, pues en ser esforzados y valientes hemos descollado todos sobre la faz de la tierra.

Y le respondió Telémaco:

—Verás si quieres, padre amado, que con el ánimo que tengo no deshonoraré tu linaje.

Lleno de alegría dijo entonces Laertes:

—¡Qué día es éste para mí, dioses amados! ¡Cuán grande es mi júbilo! ¡Mi hijo y mi nieto rivalizan en ser valientes!

Entonces Minerva se le acercó diciéndole:

—¡Oh Laertes, el más caro de todos mis amigos! Eleva tus preces a los dioses y acto continuo blande y arroja tu lanza.

Y así diciendo le infundió gran valor. Al punto el

anciano elevó sus preces a Minerva, blandió su lanza, y arrojándola hirió a Eupites a través del casco de bronce, que no logró detener el arma. El jefe de la hueste adversaria cayó en tierra y sus armas resonaron.

Ulises y su hijo se habían arrojado contra los enemigos que iban delante y los atacaban con sus espadas de doble filo. Y pronto terminarían con todos ellos si Minerva no hubiese alzado su voz y detenido al pueblo gritando:

—¡Dejad ya la terrible pelea, itacenses! Es preciso que os separéis en seguida sin derramar más sangre.

Así dijo Minerva, y todos se sintieron poseídos del pálido temor. No bien se oyó la voz de la deidad, las armas volaron de las manos y cayeron en tierra. Y los itacenses, deseosos de conservar la vida, se volvieron para la población.

Ulises gritó terriblemente y, encogiéndose, se lanzó a perseguirlos como un águila. Pero Júpiter lanzó un ardiente rayo que fué a caer delante de Minerva. Entonces ella dijo a Ulises de esta suerte:

—¡Ulises!, Laertíada del linaje de Júpiter; tente y haz que termine esta lucha, este combate igualmente funesto para todos, no sea que el largovidente Júpiter se enoje contigo.

Así habló la diosa y Ulises cumplió la orden. Poco después la misma Minerva hizo que los adversarios jurasen la paz.

GLOSARIO DE MITOLOGIA

APOLO. — Dios de la medicina, de las artes y la poesía, el sol y de los rebaños. Era hijo de Júpiter y Latona y hermano gemelo de Diana. Aludiendo a su simbolismo del sol, se le llama también el Flechero o bien “el que hiere de lejos”, pues los rayos del astro serían flechas despedidas por su arco. Se le considera padre de los poetas, a quienes se llama apolonidas. La terminación “ida” en griego significa “hijo de”.

CALIPSO. — Ninfa, hija del Océano y de Tetis, reina de la isla de Ogingia en el mar Jónico.

CIRCE. — Diosa y hechicera hija del Sol y de Persea, que reinaba en la isla de Ea. Su palacio estaba rodeado de animales feroces que no eran otra cosa que hombres hechizados, que habían caído en sus manos enamorados de su voz encantadora.

EOLO. — Dios de los vientos, hijo de Júpiter y de la ninfa Menalipa. Dueño de todos los vientos que surcan la superficie de la tierra, era el terror de los navegantes por las tormentas que a su capricho desencadenaba.

JUNO. — Esposa de Júpiter, hija de Saturno y de la Tierra. Diosa del matrimonio.

JÚPITER. — Padre de todos los dioses y los hombres,

hijo de Saturno (Cronos) y la Tierra (Rhea). Saturno acostumbraba comerse sus propios hijos, pero Júpiter consiguió salvarse merced a una estratagema de su madre. Más tarde el hijo derrocó al padre. Dió a Neptuno el mar, a Plutón el infierno y reservó para sí mismo el cielo y la tierra.

MARTE. — *Dios de la guerra hijo de Júpiter y Juno.*

MERCURIO. — *Mensajero de los dioses y dios de la elocuencia y del comercio. Era hijo de Júpiter y de la ninfa Maya.*

MINERVA. — *Diosa de la sabiduría y de las artes, de la inteligencia, el pensamiento y la invención. Hija de Júpiter, nacida del cerebro del padre de los dioses.*

NEPTUNO. — *Dios de las aguas, hijo de Saturno y Rhea (la Tierra). Hermano de Júpiter y Plutón.*

PLUTÓN. — *Dios de los infiernos y de los muertos. Era hijo de Saturno y Rhea. Moraba en las tenebrosas profundidades de la tierra.*

POLIFEMO. — *Cíclope, hijo de Neptuno y de la ninfa Toasa. Tenía un solo ojo en el centro de la frente y su tamaño era gigantesco como las montañas. Devoraba a los hombres.*

VENUS. — *Diosa de la hermosura y del amor, la primavera y la vegetación. Hija de Júpiter y de la ninfa Dione.*

VULCANO. — *Dios del fuego, hijo de Júpiter y Juno. Como naciera contrahecho, su madre lo arrojó del Olimpo cayendo a la tierra. Tenía su fragua en la que forjaba armas y objetos de arte bajo el cráter del Etna.*

INDICE

	PÁG.
Introducción	5
I. Telémaco	13
II. La expedición	18
III. En busca de noticias	24
IV. Y allá en Itaca	31
V. Ulises	35
VI. El rey de los feacios	41
VII. Los juegos	45
VIII. El relato de Ulises	50
IX. Circe, la encantadora	58
X. Escila y Caribdis	63
XI. Transformación de Ulises	69
XII. La vuelta de Telémaco	75
XIII. Padre e hijo	79
XIV. Ulises en el palacio	87
XV. Los esposos	95
XVI. El último banquete	100
XVII. El certamen	105
XVIII. El castigo de los Pretendientes	112
XIX. El encuentro de los esposos	118
XX. En la morada de Plutón	124
XXI. En la casa de Laertes	129
XXII. El combate interrumpido	133
Glosario de mitología	139

BIBLIOTECA BILLIKEN

COLECCION AZUL

Obras, hechos y hombres de América.

- | | |
|--|---------------------------------|
| 1. EL ABUELO INMORTAL. | Por Arturo Capdevila |
| 2. MARTIN FIERRO (de Hernández). | Adaptación de A. Larrán de Vere |
| 3. FAUSTO (de E. del Campo). | Adaptación de Lauro Palma |
| 4. EL ULTIMO MOHICANO (de Fenimore Cooper). | Adapt. de José Clemente |
| 5. WASHINGTON. | Por E. Nicola Siri |
| 6. REMEDITOS DE ESCALADA. | Por Arturo Capdevila |
| 7. AVENTURAS DE HUCK FINN (de Mark Twain). | Adaptación de Celso Cruz |
| 8. AVENTURAS DE TOM SAWYER (de Mark Twain). | Adapt. de Angélica Mendoza |
| 9. NARRACIONES EXTRAORDINARIAS (de Edgar Poe). | Adapt. de Juan Paredes |
| 10. LA GRAN ALDEA (de Lucio V. López). | Adaptación de Enrique Astibia |
| 11. LA CONQUISTA DEL PERU (de Guillermo Prescott). | Adapt. de Alfredo Monte |
| 12. LOS SERTONES (de E. Da Cunha). | Adaptación de E. Pérez Mariluz |
| 13. LOS INCAS (del Inca Garcilaso de la Vega). | Adapt. de E. Pérez Mariluz |
| 14. FUNDACION DE LAS CAPITALES ARGENTINAS EN EL SIGLO XVI. | |
| | Por Fermín V. Arenas Luque |
| 15. EL RASTREADOR. | Por A. Larrán de Vere |
| 16. LOS PIELES ROJAS. | Por Mariano Perlo |
| 17. LOS NEGROS EN AMERICA. | Por Elsa Brunelli |
| 18. EL TEATRO INFANTIL. | Por Margarita Rothkopf |
| 19. EL NIÑO POETA. | Por Arturo Capdevila |
| 20. FAR WEST. | Por Clemente Cimirra |
| 21. LINCOLN. | Por Lauro Palma |
| 22. SAN MARTIN. | Por A. Larrán de Vere |
| 23. SIMON BOLIVAR. | Por Lauro Palma |
| 24. JUAREZ. | Por Alfredo Monte |
| 25. BUCHARDO. | Por E. Nicola Siri |
| 26. LINIERS. | Por A. Larrán de Vere |
| 27. FRANKLIN. | Por A. Larrán de Vere |
| 28. MIRANDA. | Por Lauro Palma |
| 29. BELGRANO. | Por A. Larrán de Vere |
| 30. SARMIENTO. | Por A. Larrán de Vere |
| 31. LA INFANTA MENDOCINA. | Por Arturo Capdevila |
| 32. SANTA ROSA DE LIMA. | Por Luis M. de Cádiz |
| 33. JUVENILIA. | Por Miguel Cané |
| 34. HEROES DEL TRABAJO EN LA ARGENTINA. | Por A. Larrán de Vere |
| 35. MARIANO MORENO. | Por A. Larrán de Vere |
| 36. JOSE MARTI. | Por Clemente Cimirra |
| 37. RIVADAVIA. | Por A. Larrán de Vere |
| 38. GÜEMES. | Por A. Larrán de Vere |
| 39. EDISON. | Por I. Covarrubias |
| 40. GUILLERMO BROWN. | Por Luis Pozzo Ardizzi |

BIBLIOTECA BILLIKEN

COLECCION VERDE

Vidas famosas, sea por su ejemplaridad, por su especial significación en la historia, o por el interés épico o novelesco de sus peripecias.

- | | |
|--|----------------------------|
| 1. GRANDES MUSICOS. | Por A. Larrán de Vere |
| 2. GRANDES PINTORES. | Por Celso Cruz |
| 3. GRANDES INVENTORES. | Por Celso Cruz |
| 4. GRANDES POETAS. | Por A. Serrano Plaja |
| 5. INFANCIA DE GRANDES HOMBRES. | Por E. Carrié |
| 6. HEROES DE LA CIENCIA. | Por Celso Cruz |
| 7. MADRES DE GRANDES HOMBRES. | Por E. Carrié |
| 8. LEONARDO DE VINCI. | Por L. Alvarez de Toledo |
| 9. SANTA TERESA. | Por Lauro Palma |
| 10. SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS. | Por Mons. Dr. T. J. Solari |
| 11. SAN FRANCISCO DE ASIS. | Por A. Larrán de Vere |
| 12. SAN IGNACIO DE LOYOLA. | Por José Barbanza |
| 13. LOS REYES CATOLICOS. | Por A. G. Usón |
| 14. GRANDES FIGURAS DE GRECIA (según Plutarco) | Por A. Serrano Plaja |
| 15. GRANDES FIGURAS DE ROMA (según Plutarco). | Por A. Serrano Plaja |
| 16. VIAJES DE MARCO POLO. | Por Juan Caramiñas |
| 17. LOS HEROES DEL AFRICA MISTERIOSA. | Por Santiago Orfile |
| 18. CRISTOBAL COLON. | Por Lauro Palma |
| 19. CABEZA DE VACA. | Por Clemente Cimorra |
| 20. HERNAN CORTES. | Por Carmen Pomés |
| 21. MAGALLANES. | Por Lauro Palma |
| 22. LIVINGSTONE. | Por Lauro Palma |
| 23. JUANA DE ARCO. | Por José Barbanza |
| 24. MARIA CURIE. | Por Jaime Espinar |
| 25. PASTEUR. | Por Celso Cruz |
| 26. MAHOMA. | Por José Clemente |
| 27. CARLOS V. | Por Edmundo Bianchi |
| 28. NAPOLEON. | Por A. G. Usón |
| 29. CROMWELL. | Por Mariano Perlo |
| 30. ENRIQUE VIII. | Por Angustias Garcés |
| 31. CARLOMAGNO. | Por Angustias Garcés |
| 32. PEDRO EL GRANDE. | Por R. Díaz-Alejo |
| 33. MARIA ANTONIETA. | Por María Gracia |
| 34. QUEVEDO. | Por Clemente Cimorra |
| 35. MARIA ESTUARDO. | Por Rosa Canto |
| 36. GRANDES SABIOS. | Por Luis M. de Cádiz |
| 37. HEROES DEL TRABAJO | Por Lauro Palma |
| 38. ALEJANDRO MAGNO. | Por Ricardo Carbajal |

BIBLIOTECA BILLIKEN

COLECCION ROJA

Reducciones y adaptaciones de obras maestras de la literatura Universal.

- | | |
|--|------------------------------------|
| 1. LA ILIADA (de Homero). | Adaptación de Lauro Palma |
| 2. LA ODISEA (de Homero). | Adaptación de Lauro Palma |
| 3. EL RAMAYANA (de Valmiki). | Adaptación de Lauro Palma |
| 4. LA ENEIDA (de Virgilio). | Adaptación de E. Pérez Mariluz |
| 5. POEMA DEL CID. | Adaptación de Ricardo Baeza |
| 6. LA CANCION DE ROLDAN. | Adaptación de Angel J. Battistessa |
| 7. LA DIVINA COMEDIA (de Dante). | Adaptación de Lauro Palma |
| 8. DON QUIJOTE (de Cervantes). | Adaptación de Clemente Cimorra |
| 9. LA ARAUCANA (de Ercilla). | Adaptación de E. Pérez Mariluz |
| 10. TRES OBRAS DE SHAKESPEARE. | Adaptación de Baltasar Miró |
| 11. TRES OBRAS DE CALDERON. | Adaptación de Juan Paredes |
| 12. TRES OBRAS DE LOPE DE VEGA. | Adaptación de Angustias Garcés |
| 13. TRES COMEDIAS DE MOLIERE. | Adaptación de Javier Farías |
| 14. TRES OBRAS DE SCHILLER. | Adaptación de Pablo Mirando |
| 15. EL ANILLO DEL NIBELUNGO (de Wagner). | Adaptación de Angélica Mendoza |
| 16. LA FERIA DE LAS VANIDADES (de W. Thackeray). | Adapt. de Javier Farías |
| 17. TARAS BULBA (de Gogol). | Adaptación de Ricardo Arias |
| 18. GIL BLAS DE SANTILLANA (de Le Sage). | Adaptación de Juan G. Olmedillo |
| 19. IVANHOE (de Walter Scott). | Adaptación de Angustias Garcés |
| 20. EL JINETE SIN CABEZA (de Mayne Reid). | Adaptación de Enrique Astibia |
| 21. LA CARTUJA DE PARMA (de Stendhal). | Adaptación de Francisco Ayala |
| 22. OLIVERIO TWIST (de Dickens). | Adaptación de Juan Caramiñas |
| 23. VIAJES DE GULLIVER (de J. Swift). | Adaptación de Rafael Dieste |
| 24. LA CABAÑA DEL TIO TOM (de E. Stowe). | Adaptación de Carmen Pomés |
| 25. AMADIS DE GAULA. | Adaptación de E. Pérez Mariluz |
| 26. 350 POESIAS PARA NIÑOS. | Por diversos autores |
| 27. CUENTOS DE TOLSTOI. | Adaptación de Juan de Plasencia |
| 28. CUENTOS DE OSCAR WILDE. | Adaptación de Rafael Dieste |
| 29. SIMBAD EL MARINO. | Adaptación de A. Serrano Plaça |
| 30. TARTARIN DE TARASCON (de A. Daudet). | Adaptación de Rafael Dieste |
| 31. EL CONDE LUCANOR (de Don Juan Manuel). | Adaptación de Rafael Dieste |
| 32. EL TONELERO DE NUREMBERG (de Hoffman). | Adaptación de Rafael Dieste |
| 33. FABULAS DE IRIARTE. | (de Tomás de Iriarte) |
| 34. ROBINSON CRUSOE (de D. Defoe). | Adaptación de Ignacio Covarrubias |
| 35. LA ISLA DEL TESORO (de R. L. Stevenson). | Versión de A. Méndez Soler |

